Rudolf Steiner

El Mundo de los Sentidos y el Mundo del Espíritu

GA 134

Sobre los ciclos de conferencias.

Extracto de la Autobiografía de Rudolf Steiner.

Del contenido impreso de mi actividad antroposófica tenemos dos resultados ante nosotros: en primer lugar mis libros publicados para todo el mundo (las obras escritas), y en segundo lugar una voluminosa serie de cursos que al principio estaban destinados a su impresión privada y eran asequibles solamente a miembros de la Sociedad Antroposófica. Se trataba de las transcripciones más o menos fieles que se hacían de mis conferencias y que, por falta de tiempo, no pude revisar. Me habría gustado que lo que era palabra hablada hubiera permanecido como tal. Pero los miembros querían tener una impresión privada de los cursos. Y así es como acabaron imprimiéndose. Si hubiera tenido tiempo de corregirlos, desde el principio no habría hecho falta poner la nota previa: "Sólo para los miembros".

En esta mi biografía creo que es necesario decir cómo se integran, en lo que elaboré como Antroposofía, los dos tipos de publicaciones: mis escritos y estas impresiones privadas.

Quien quiera seguir de cerca mi labor y mis esfuerzos interiores para exponer la Antroposofía ante la conciencia de la época actual habrá de hacerlo de la mano de los escritos editados para el público en general. En ellos también me ocupo de los esfuerzos cognoscitivos de la época. Allí se halla presente lo que fui configurando una y otra vez desde mi "visión espiritual" y que se fue convirtiendo en el edificio de la Antroposofía, aunque en muchos aspectos lo fuera de forma imperfecta.

Junto a esa exigencia de ir edificando la "Antroposofía" y que sirve únicamente a lo que se va produciendo cuando se ofrecen al presente mundo de la cultura las comunicaciones del mundo espiritual, surgió la otra demanda, la de ofrecer algo a lo que se manifestaba como necesidad anímica y anhelo espiritual de los miembros.

Existía en este último caso una fuerte tendencia a escuchar lo que se halla expuesto en los Evangelios y el contenido de la Biblia a la luz de la investigación antroposófica. En los cursos se quería oír hablar de esas revelaciones dadas a la humanidad.

Al efectuarse dichos cursos de acuerdo con esa demanda se agregó un nuevo aspecto. En esas conferencias sólo estaban presentes los miembros y estaban familiarizados con las comunicaciones básicas e iniciales de la

Antroposofía. Se les podía hablar del modo en que se hizo porque no eran profanos en la Antroposofía. La posición de esas conferencias interiores no podía ser la misma que se la de mis escritos, que estaban destinados al gran público.

En los círculos internos sólo podía hablar de una determinada manera, y si el contenido hubiera tenido que ser para el dominio público, desde un principio debería haberlo conformado de modo distinto.

Por consiguiente, en la dualidad de los escritos, los públicos y los privados, tenemos algo que mana de dos trasfondos distintos. Los escritos totalmente públicos son el resultado de lo que pugnaba y obraba en mí; en las impresiones privadas la Sociedad colabora en ese esfuerzo y esa tarea. En ellos escucho cuáles son las vibraciones de la vida anímica de los miembros, y en mi viva identificación con lo que allí oigo, surge la disposición de las conferencias.

En ninguna parte se dice nada en lo más mínimo que no sea el más puro resultado de la Antroposofía que se va edificando. Y por tanto no podemos hablar de concesión alguna a los prejuicios o sensaciones previas de los miembros. Quien lea estas impresiones privadas pueden tomarlas en su más pleno sentido como resultado de lo que ha de decir la Antroposofía. Por esa razón, cuando empezaron a producirse quejas

en este aspecto, pudimos apartarnos sin más de la regla de que sólo fueran accesibles a los miembros. No obstante hay que tener en cuenta que en los ciclos que no he revisado pueden existir errores.

Por consiguiente sólo se concede un juicio competente sobre este tipo de escritos privados a aquel que haya adquirido el conocimiento previo postulado por la Antroposofía, ya sea por conducto de la Sociedad Antroposófica o por otro camino que ella misma haya reconocido como equivalente. Lo que, para la mayoría de estos ciclos, implica el conocimiento de la esencia del hombre, tal como la expone la Antroposofía, y lo expuesto como "historia a la luz de la Antroposofía" a partir de las comunicaciones del mundo espiritual.

PRIMERA CONFERENCIA
Hannover, 27 de diciembre de 1911.

En este ciclo de conferencias mi tarea consistirá en establecer un puente entre asuntos relativamente cotidianos, experiencias que pueden sobrevenirle al hombre en su vida ordinaria, y las cuestiones supremas de la humanidad. Con ello ha de volvérsenos a abrir uno de los caminos que nos lleva de la vida cotidiana a lo que puede llegar a ser la Antroposofía o Ciencia Espiritual para el alma y el espíritu. Sabemos que, en la medida en que profundizamos en lo que puede darnos la Antroposofía, ella afluye en nuestra sensibilidad, en nuestra voluntad y en las fuerzas que necesitamos para mostrarnos a la altura de los múltiples acontecimientos de la vida. Sabemos, además, que del modo en que podemos experimentar ahora la Antroposofía por las influencias que proceden de los mundos superiores precisamente en esta época, la Antroposofía se convierte en cierto modo en una necesidad para la humanidad actual. Sabemos que en un tiempo relativamente corto, la humanidad perdería la seguridad, la paz interior necesaria para la vida, si el mensaje de la Antroposofía no se hubiera acercado a ella justamente en esta época. Finalmente sabemos que a esta corriente espiritual antroposófica se contraponen dos formas humanas de pensar y de sentir.

Una de ellas es la corriente mental y emotiva que se ha ido preparando a lo largo de muchos siglos y que actualmente se ha adueñado de la humanidad en sus más amplios círculos, y si no lo ha hecho, lo hará muy pronto. Se trata de aquella orientación del pensar y del sentir que llamamos materialista en su sentido más amplio. Esa corriente lucha contra la otra que viene dada con la antroposofía misma, es decir, contra la orientación espiritual. Una pugna que irá incrementándose en el próximo futuro. Se llegará a un punto en que no se sabrá distinguir si uno está luchando con una corriente de pensamiento o sentimiento que corresponde a una verdad sin disimulos, es decir, ante una representación del materialismo sin disfraces, o ante otra tendencia distinta que se esconde con las más diversas máscaras. Porque habrán suficientes corrientes materialistas que, por decirlo de algún modo, se disfrazarán de espirituales, y llegará a ser difícil distinguir dónde se esconde el materialismo y dónde se encuentra la corriente espiritual. En los últimos tiempos intenté mostrar de diversas maneras cuan difícil es tener las cosas claras en este asunto, y lo hice en dos conferencias sucesivas, en una de las cuales intenté evocar la sensación de cómo, a partir de ciertos pensamientos e ideas dominantes en el presente, uno puede convertirse en auténtico y sincero opositor de la ciencia espiritual. En la primera conferencia intenté mostrar "cómo se rebate la Ciencia Espiritual", seguida de la segunda donde hablé de "cómo defender o fundamentar la Ciencia del Espíritu".

No es que creyera poder presentar todo lo que puede decirse en ambas direcciones, simplemente intenté despertar un sentimiento de que se pueden argumentar muchísimas cosas contra la concepción científico-espiritual de la vida con gran apariencia de verdad, y que muchos de los que se sienten obligados a generar en su alma hostilidad contra nosotros no son precisamente los hombres menos veraces del presente, pues a menudo son honrados buscadores de la verdad. No quiero volver a explicarles todos los argumentos que pueden utilizarse contra la ciencia espiritual, sólo quiero indicarles que los hábitos mentales y las concepciones de nuestra época generan esas objeciones basadas en buenos fundamentos y que es perfectamente posible rebatir a fondo la ciencia espiritual. Ahora bien, al refutarla, al usar todos los argumentos utiliza-bles contra ella, nos podemos preguntar: ¿qué es lo que nos permite llegar a la objeción mejor fundada, la de fundamento más sólido? Como verán, si hoy alguien se confiesa partidario de la ciencia espiritual por las predisposiciones básicas de toda su alma, y luego se familiariza con lo que hoy las ciencias son capaces de producir, en toda su amplitud, partiendo de su idea fundamental, entonces puede rebatir a fondo la ciencia espiritual basándose en el mundo científico del presente. Pero para poder efectuar esa refutación primero ha de provocar en su alma un determinado estado: ha de situarse en una posición

meramente intelectual. Lo que quiero decir con eso nos lo mostrará el examen del lado opuesto. Retengamos, por de pronto, lo que he expuesto como si fuera una experiencia personal, es decir, que cuando se conocen los resultados científicos del presente, y uno se deja llevar solamente por el intelecto, entonces se puede rebatir la ciencia espiritual. Mantengámonos ahí y acerquémonos al asunto desde el otro lado.

Como verán, el hombre puede contemplar el mundo desde dos lados. Una de esas concepciones surge cuando, por ejemplo, contempla una maravillosa salida de sol, donde el sol parece nacer del oro de la rojiza aurora y luego recorre brillante el cielo; el hombre se sumerge después en los pensamientos sobre cómo el rayo solar y el calor del sol conjuran la vida desde el fondo terrestre en el reiterado ciclo anual. O también puede entregarse a la contemplación de lo que sucede tras la puesta del sol, cuando se ha extinguido el rojo crepuscular y poco a poco ha ido apareciendo la oscuridad de la noche, cuando las innúmeras estrellas empiezan a brillar en la bóveda celeste; el hombre puede sumergirse en las maravillas del firmamento nocturno estrellado. Así pues, cuando el hombre observa la naturaleza circundante, llegará a hacerse una representación capaz de ponerlo en un estado de profunda beatitud. Porque esa representación puede ser parecida a una de las ideas fundamentales de Goethe, quien, en una ocasión dijo: "Oh, cuando elevamos la mirada a la maravilla del cielo estrellado y contemplamos el curso del universo con toda su magnificencia, acabamos teniendo la sensación de que todo esto, todo lo que aparece tan espléndido a nuestro alrededor en la periferia del universo, empieza a tener sentido cuando se refleja en un alma humana, en un hombre lleno de admiración". Efectivamente, al hombre se le ocurre la idea de que, igual como el aire que lo circunda conforma su ser, penetrando en su interior, igual como respira y gracias a ese proceso que se realiza dentro de él va construyendo su propia entidad, e igual como él es resultado de ese aire, de sus leyes y de su conexión mutua, del mismo modo podría decirse que, en cierto aspecto, él es resultado de todo el mundo restante que le rodea, con todo lo que penetra en él por los sentidos, no sólo el de la vista, sino también el del oído por el que acoge el mundo sonoro y todos los demás mundos que afluyen por los sentidos restantes. El hombre se yergue ahí, frente a ese mundo sensorial exterior, como resultado confluente de dicho mundo sensorio y se dice: 'Si contemplo más de cerca todo lo que está a mi alrededor ahí fuera, si reflexiono sobre ello, si lo percibo con todos mis sentidos, descubro que el objetivo de todo lo que contemplo llega a su culminación cuando de todo ello se cristaliza la prodigiosa figura del hombre".

Y lo cierto es que el hombre puede sentirse sobrecogido por el sentimiento de identificarse con las palabras que de forma tan primigenia y elemental expresó el poeta griego al decir: "¡Existen muchas cosas magníficas, pero ninguna es más grande que el hombre!" ¡Cuan unilaterales se muestran todos los fenómenos del mundo ahí fuera! Pero cuando observamos ese mundo sensorial ahí fuera y luego vemos al hombre como ser sensorio entre todos ellos, en quien afluye todo lo demás, da la impresión de que han confluido en él desde todos los lados. Pues cuanto más se contempla el mundo con precisión, tanto más se nos presenta el hombre como la confluencia de todas las unilateralidades del universo restante. Cuando uno desarrolla en su interior ese sentimiento frente al mundo y su convergencia en el hombre, surge en nuestra alma un pensamiento impregnado de una honda sensación exultante, la idea del hombre querido por Dios, del hombre que se manifiesta como si los actos e intenciones de los dioses hubieran construido todo el universo entero donde verter sus acciones desde todos los lados, con el fin de que pudieran converger en la obra más digna que los dioses situaron en el centro del universo: el ser humano. ¡Obra querida por los dioses! Eso lo decía también alguien que justo en este aspecto observaba el mundo sensorial exterior en relación con el hombre: "¿Qué son todos los instrumentos del músico frente a la maravillosa estructura del órgano auditivo del hombre, ese instrumento musical, o frente a la prodigiosa estructura de la laringe, ese otro instrumento musical?" Podemos maravillarnos ante muchas cosas en el mundo, pero no hacerlo frente al hombre, tal como se sitúa en el seno del mundo, sólo es posible cuando no se lo conoce en su asombrosa estructura. Al entregarse a esas observaciones, surge en nuestra alma el pensamiento: ¡Cuántas cosas habrán hecho los seres divino-espirituales para llevar a cabo al ser humano!

Ese es uno de los caminos que puede darle al hombre una visión del mundo. Pero existe aún otro camino que se abre paso en nosotros cuando en nuestro interior desarrollamos un sentimiento frente al esplendor, el poder y la magnitud de lo que llamamos ideas morales, cuando miramos en nuestra alma y dejamos que palpite un poco en nosotros lo que significan los ideales éticos en el mundo. Forma parte de la naturaleza saludable y multilateral del hombre el sentir en toda su grandeza la magnificencia de los ideales morales humanos. Frente a ellos podemos desarrollar algo capaz de imponerse sobre nuestra alma, como lo hacen las espléndidas manifestaciones del universo que obran desde fuera sobre el hombre. Eso es lo que sucede cuando uno enciende en su interior todo el amor y el entusiasmo que pueden ir ligados a los ideales y objetivos morales del hombre. Uno puede verse en ese caso impregnado por una enorme calidez, y entonces el pensamiento que necesariamente se integra con esa sensación de los ideales éticos es distinto al que resulta de la anterior forma de ver el mundo y que se apoyaba en las revelaciones del universo a través del hombre. Los que sienten con la máxima intensidad el poder de los ideales morales son los que consideran este otro pensamiento como el más importante: "¡cuan lejos estás hoy tú, hombre, de los elevados ideales éticos que pueden emerger en tu corazón! ¡cuan pequeño te muestras con todas tus capacidades y actividades en comparación con la magnitud de los ideales morales que eres capaz de concebir!". No sentirse tan minúsculo frente a los ideales morales sólo es posible en una constitución anímica realmente pequeña. Porque precisamente en la medida en que crece la grandeza del alma siente el hombre su desproporción ante los ideales éticos. Emerge entonces en ella un pensamiento que a menudo nos sobreviene como humanos: "Con energía y coraje hemos de intentar hacer todo lo posible para ir madurando cada vez más e ir haciendo que los ideales morales puedan irse convirtiendo paulatinamente en fuerzas en nuestro interior". En algunas personas, el pensamiento de la desproporción ante los ideales morales puede arraigar de tal modo que se sienten totalmente destrozadas en su interior, alejadas de Dios, porque, por otro lado, sienten intensamente cómo el hombre exterior que ha sido ubicado en el mundo sensorial es algo querido por Dios. Y tal vez se dicen a sí mismos: "ahí estás tú con todo lo que tú eres exteriormente. Cuando te contemplas como ser externo has de admitir que eres una confluencia de todo el mundo querido por Dios, tú eres un ser querido por Dios, y llevas en ti la semblanza divina. Luego miras en tu interior y ves surgir los ideales que Dios ha inscrito en el corazón y que indudablemente debieran ser para ti energías donde reina la voluntad divina. Y luego encuentras cómo surge de tu alma la experiencia de tu desproporción".

Esos son dos de los caminos que nos llevan a una concepción del mundo. El hombre puede contemplarse a sí mismo desde fuera y sentirse profundamente dichoso ante su naturaleza tal como la quiere Dios; el hombre también puede observarse desde dentro y sentirse hondamente aplastado por lo lejos que su alma está de Dios. Pero una sensibilidad sana solamente puede decirse: "De los mismos orígenes divinos de donde proceden las fuerzas que han colocado al hombre en el mundo, como si fuera un grandioso extracto del universo entero, desde esos mismos orígenes divinos han de brotar los ideales morales que se hallan inscritos en el corazón. ¿Por qué lo uno está tan alejado de lo otro?" Ese es realmente el gran interrogante de la existencia humana. Nunca habría habido Antroposofía ni filosofía en el mundo si, consciente o inconscientemente, con más sensibilidad o con más claridad mental, no hubiera surgido en las almas humanas esa escisión que hemos descrito. Porque toda investigación y reflexión profunda del hombre ha surgido al experimentar esa escisión interior. ¿Qué es lo que se interpone entre el hombre querido por Dios y el hombre alejado de Dios? Esa es en realidad la pregunta fundamental de toda filosofía. Y aunque esa cuestión se formule y se describa de múltiples maneras, es esa pregunta la que subyace en todo pensar y cavilar humanos. ¿Cómo puede llegar el hombre a imaginarse la posibilidad de tender el puente entre la contemplación de su faceta exterior, sin duda gozosa, y la visión interior de nuestra alma que nos sumerge en esa profunda discrepancia?

Como verán, hemos de describir brevemente el camino que puede recorrer el alma humana para elevarse, de manera digna y adecuada, hacia las supremas cuestiones de la existencia, con el fin de descubrir dónde podría hallarse el origen de los errores. Porque en el mundo exterior, en la medida en que ese mundo

es dominado por la ciencia, al hablar del saber y del conocimiento se suele decir sin asomo de dudas: Efectivamente, cuando se emiten los juicios idóneos, cuando se reflexiona adecuadamente, el resultado necesario será la verdad. Mas para describir cuan equivocada es esa afirmación de que la verdad y el conocimiento son el producto infalible del pensar correcto, una vez utilicé una sencilla comparación que quisiera volver a contarles aquí para mostrarles que lo correcto no ha de conducir necesariamente a lo real. Había una vez en un pueblecito un niño a quien sus padres enviaban siempre a comprar panecillos. Cada vez le daban diez céntimos y con ellos traía siempre seis panes. Si se compraba un panecillo costaba dos céntimos, pero él traía a casa siempre seis por diez céntimos. El pequeño no era un gran matemático y nunca se preocupó del porqué traía seis panecillos por diez céntimos cuando costaban dos cada uno. Pero al cabo de un tiempo se sumó a la familia una especie de hermano adoptivo más o menos de la misma edad, que venía de otro lugar y que era un buen aritmético. Y sabiendo que cada panecillo costaba dos céntimos, se dio cuenta de que su hermanito iba al panadero, que le daban diez céntimos y pensó: "traerá cinco panecillos". Era un buen aritmético y pensaba correctamente. Si el panecillo cuesta dos céntimos, traerá cinco panecillos por los diez céntimos. ¿Y qué pasaba? ¡Pues que traía seis! Y el buen aritmético se dijo: "¡pero eso no cuadra, es imposible que traigas seis panecillos! O se han equivocado o tú has hurtado un panecillo". Al segundo día, el pequeño volvió a traer los seis panecillos por el precio de diez céntimos. El hecho es que en aquella región era costumbre que al comprar cinco panecillos se regalaba siempre un sexto. Por lo que era de lo más natural que el pequeño comprara cinco y le dieran seis. Lo cual era una costumbre muy provechosa para los que en su hogar necesitaban justamente cinco panecillos.

Ahora bien, el buen aritmético pensó de forma totalmente correcta, no cometió ningún error en su pensar, pero ese pensar no se correspondía con la realidad. Hemos de admitir que el pensar correcto no llegaba a la realidad, porque ésta no se rige de acuerdo con el pensar correcto. Como verán, en este caso se puede demostrar, de hecho, que con el pensamiento más certero y complejo que uno sea capaz de entretejer lógicamente puede producirse lo correcto, y que puede ser totalmente falso cuando se lo mide con el patrón de la realidad. Eso es algo que siempre puede suceder. Por esa razón, una demostración exclusivamente mental nunca puede ser decisiva para la realidad. También podemos equivocarnos en el concatenamiento entre causas y efectos que solemos aplicar al mundo exterior. Quiero darles también un ejemplo de ello. Supongamos que alguien se pasea vadeando un arroyo y llega hasta un punto, otra persona lo está viendo desde lejos y ve cómo se desploma a la orilla del arroyo y cómo cae al agua. La segunda persona se precipita corriendo, para salvarlo, pero acaba sacándolo muerto del agua. Al examinar el cadáver se puede constatar, por ejemplo, que la persona se ha ahogado, y hasta se pueden usar todo tipo de argumentos para demostrarlo. Quizás había una piedra en el lugar donde cayó, y entonces pensamos que tropezó con ella, cayó al agua y se ahogó. La secuencia mental es correcta: alguien que paseaba por la orilla tropieza con una piedra, cae en el río, cuando se lo saca está muerto, por consiguiente es que se ha ahogado. No puede ser de otro modo. Pero el hecho es que en este caso no tiene por qué ser así. Porque si uno no se deja dominar por ese encadenamiento de causa y efecto tal vez descubra que esa persona tuvo un ataque al corazón, y como estaba en la orilla del río cayó en el agua. Cuando caía ya estaba muerto, pero simplemente hizo los mismos pasos del que cae al agua estando vivo. Como ven, si por la reunión de los sucesos exteriores, alguien concluye que la persona en cuestión tropezó, cayó al agua y se ahogó, está equivocado; no es eso lo que se corresponde con la realidad, puesto que cayó al agua porque estaba muerto y no se ahogó en ella por haber caído en el río. Juicios de este tipo los encontramos por todas partes en nuestra literatura científica, la diferencia es que uno no suele darse cuenta, como no nos daríamos cuenta de lo que realmente pasó con el que cayó en el agua si no lo investigáramos en cada caso. Esos errores suelen hacerse continuamente en el concatenamiento de causas y efectos. Mas con ello sólo quiero señalar que nuestro pensar, de hecho, es absolutamente incompetente con respecto a la realidad, no es decisivo, no es un buen juez.

Muy bien. ¿Y entonces cómo salimos de la duda y de la ignorancia si nuestro pensar no puede ser un guía seguro? Quien tenga experiencia en estas cosas, quien se haya ocupado mucho con el pensar, sabe que

puede demostrarlo todo y rebatirlo todo, y ya no se deja impresionar por ninguna sutileza filosófica. Puede admirar esa sagacidad mental, pero no puede confiarse al mero intelecto, porque sabe que se pueden encontrar argumentos igualmente válidos para la opinión opuesta. Eso es aplicable a todo lo que se puede demostrar y refutar, y en este aspecto se pueden hacer en la vida las observaciones más interesantes. Tiene un cierto atractivo, aunque exclusivamente teórico, conocer a personas que han llegado a un determinado punto de su evolución anímica, al punto donde vivencian e intuyen interiormente que puede demostrarse y rebatirse todo, pero que todavía no han llegado al grado de maduración que les permita acercarse a lo que llamamos concepción espiritual del mundo. En las últimas semanas tuve que dedicarme a este tipo de pensamientos al recordar a una persona con la que me encontré y que era un magnífico ejemplo de esa disposición anímica, una persona que a su vez no estaba lo suficientemente madura para captar la realidad con la ciencia espiritual, pero que había llegado a comprender cómo todas las cosas que puedan afirmarse filosóficamente pueden demostrarse o rebatirse. Me refiero a Laurenz Müllner, un hombre de gran agudeza, profesor universitario de Viena que murió hace unas semanas. Un hombre con grandes dotes intelectuales que con la máxima claridad podía alegar los argumentos necesarios para demostrar los más variados sistemas filosóficos y que al mismo tiempo podía rebatirlos todos, lo que le llevó a convertirse él mismo en un escéptico. Una vez le escuché de viva voz estas palabras, en cierto sentido terribles: "¡Las filosofías no son más que un bello juego de pensamientos!". Y una vez que se ha observado varias veces la agudeza del juego mental de aquel hombre, era interesante constatar que nunca se pudo agarrar a Müllner en ningún punto, porque nunca llegaba a admitir nada. A lo sumo, cuando alguien había expresado algo en contra de alguna concepción del mundo, le encantaba aducir todas las cosas que hicieran falta en favor de esa concepción, concepción que a lo mejor había hundido sagazmente él mismo unos días antes. Era una mente muy interesante, en cierto sentido uno de los filósofos más importantes de esta época. Lo que le llevó a adoptar esa actitud básica tiene también su interés. Aparte del hecho de ser un buen conocedor de la evolución filosófica de la humanidad, Müllner era también sacerdote católico y quería seguir siendo un buen sacerdote, a pesar de que en sus últimos tiempos ejerció de profesor en la Facultad de Viena. El modo de ahondar en los razonamientos católicos, de hecho provocó que ante las consideraciones fecundadas por un cierto fervor religioso, todo el resto de razonamientos mentales que pudieran darse en el mundo le parecieran poca cosa, tan sólo un juego de pensamientos. Pero el hecho de que él mismo no dejara de ser escéptico fue producto de su catolicismo. Era demasiado grande para mantenerse en el catolicismo meramente dogmático, mas por otra parte el catolicismo en él pesaba mucho y le impedía ascender a una captación científico-espiritual de la realidad. Es de enorme interés observar a un alma así, llegada justo al punto donde se puede estudiar lo que hace falta para que el hombre se aproxime a la realidad. Porque es evidente que ese hombre sagaz tenía muy claro que con su pensar no podía acercarse a la realidad.

Ya en la antigua Grecia se habló de cuál habría de ser el punto de partida para la saludable reflexión humana que pretendiera acercarse a la realidad. Y aquellas palabras que se dijeron en Grecia siguen estando siempre vigentes. En aquel entonces se decía: "Toda indagación humana ha de partir del asombro. " ¡Mis queridos amigos, captemos esas palabras en sentido positivo! Captémoslas de tal manera que en el alma que quiere abrirse paso hacia la verdad ha de existir en algún momento ese estado anímico en el que uno se sitúa lleno de admiración frente al universo. Quien logre captar toda la intensidad de esa máxima griega acaba diciéndose: "Cuando una persona, sean cuales sean las condiciones que le han llevado a meditar y reflexionar sobre las cosas, parte de la admiración ante los hechos del mundo, es como si se depositara una semilla en la tierra y de ella brotara una planta". Porque en cierto sentido todo saber ha de tener el asombro como semilla. La cosa es distinta cuando no se parte de la admiración; tal vez cuando uno era joven los maestros le inculcaron ciertas proposiciones fundamentales que lo convirtieron en filósofo; o uno se metió a filósofo porque en el status social en que creció era costumbre aprender cosas por el estilo, llegando así a la filosofía por las circunstancias del entorno. También es sabido que el examen más fácil en el colegio es el de filosofía. En pocas palabras, existen cientos y miles de puntos de partida para la filosofía que no proceden del asombro.

Convivir con la verdad basándose en esos puntos de partida podría compararse a hacer una planta de papel maché en lugar de tomar una semilla y hacer que crezca una planta de verdad. Esa es una comparación exacta, porque todo verdadero conocimiento que, en definitiva, pretenda relacionarse con los enigmas del mundo, ha de surgir de la semilla del asombro, de la admiración. Y por muy sagaz que sea uno en el pensar, aunque la agudeza mental le desborde, no sacará ningún provecho de ello si nunca ha pasado por el estadio de la admiración. Habrá un hermoso encadenamiento de ideas y todo será correcto, pero no olvidemos que lo correcto necesariamente no tiene por qué acertar en lo real. Es fundamental que antes de empezar a pensar, antes de que pongamos nuestro pensar en movimiento, hayamos pasado por el estado de asombro. Todo pensar que se ponga en marcha sin pasar por la admiración acaba siendo finalmente un mero juego mental. Por consiguiente el pensar ha de tener su primer origen en el asombro. Pero eso no basta. Si el pensar se origina en la admiración y el hombre se halla predispuesto por su karma a ser una persona sagaz, y con cierto orgullo llega a vanagloriarse de su propia agudeza mental, limitándose a desarrollarla, el hecho de que haya partido del asombro no le habrá ayudado en nada. Porque una vez que el asombro se ha implantado en el alma y, en el curso posterior de su pensamiento, el hombre se limita meramente a seguir pensando, tampoco puede penetrar en la realidad. Quede claro que no estoy sugiriendo que el hombre tenga que dejar de pensar y que el pensamiento es algo perjudicial. Porque esa es a menudo una idea extendida en muchos círculos esotéricos, donde se considera detestable el pensamiento porque el hombre sólo ha de partir del asombro. Pero cuando el hombre ha empezado a pensar un poquito y puede enumerar los siete principios que lo constituyen, no necesita dejar de pensar, ha de seguir pensando. Lo que hace falta es que, después del asombro, se produzca otro estado anímico, que podríamos llamar de reverencia, de veneración ante aquello a lo que uno se aproxima con el pensar. Después del estado de asombro ha de producirse el estado de veneración, de respeto. Todo pensar que no llegue a sentir reverencia ante aquello que se le ofrece será incapaz de penetrar en la realidad. El pensamiento no debiera moverse por el mundo con los pies ligeros de la danza, pues una vez que ha salido del estado de admiración, ha de echar raíces en la sensación y el sentimiento de reverencia ante el fundamento del mundo.

En ese punto, el sendero del conocimiento se sitúa en la posición opuesta a la de lo que hoy suele llamarse ciencia. Supongamos que alguien se halla en su laboratorio ante sus retortas, analizando sustancias y sintetizándolas en nuevas combinaciones, y nosotros nos acercamos y le decimos: "¡En realidad tú eres incapaz de investigar la verdad! Por mucho que hagas y deshagas las sustancias, lo que tú haces son meros hechos del mundo que efectúas sin piedad, sin dedicarles tu veneración. Tendrías que acercarte a tus retortas con la misma reverencia con la que el sacerdote se acerca a su altar." ¿Qué creen Vds. que nos contestaría hoy ese investigador? Lo más probable es que se burlara totalmente de nosotros, porque, desde el punto de vista de la ciencia actual, no se entiende que la veneración tenga nada que ver con la verdad, con el conocimiento. Y si no se burla de nosotros, esa persona a lo sumo nos dirá: "Yo puedo realmente entusiasmarme por lo que sucede en mis retortas, pero que ese entusiasmo sea otra cosa que mi asunto personal privado, que tenga que ver con la investigación de la verdad, nunca se lo harás entender a un ser humano racional". Si hablamos de que la investigación y el pensar nunca han de prescindir de la veneración, que no se debe progresar en el pensar sin sentirse impregnado por el sentimiento de reverencia ante lo que se está investigando, no cabe duda de que los actuales científicos nos considerarán algo chiflados. Ese es el segundo aspecto.

Pero si una persona que ha llegado a un cierto sentimiento de veneración, quisiera seguir avanzando con el mero pensar, volvería a dar en el vacío, no progresaría. Encontraría algunas cosas correctas, y en ellas tendría algunos puntos de vista bien fundados, porque ha recorrido las dos primeras etapas, pero pronto llegaría de nuevo al absurdo. Porque una vez que hemos experimentado lo suficiente el asombro y la reverencia, ha de producirse en nuestro estado anímico una tercera etapa que podríamos definir como sentirse en sabia sintonía con las leyes universales. Ese sentirse en sabia consonancia con las leyes del universo, solamente lo conseguimos cuando hemos logrado comprender cómo el mero pensar, en ciertos aspectos,

carece de valor; cuando nos hemos dicho una y otra vez: Quienquiera que solamente vaya construyendo (su investigación) en la mera corrección del pensar - tanto si la fundamenta como si la refuta - se halla en la misma situación que nuestro niño que había contado correctamente el número de panecillos. Si el pequeño hubiera sido capaz de decirse: "lo que calculas puede ser correcto, pero no debes basarte en tu pensar correcto, has de ir más bien en busca de la verdad, te has de poner en concordancia con la realidad", el niño habría descubierto algo que está por encima de su correcto pensar: la costumbre local de regalar un sexto panecillo al que comprara cinco. Habría descubierto que uno ha de salir de sí mismo hacia el mundo exterior y que el pensar correcto no basta para saber si algo es real o no.

Pero ese ponerse en sabia síntoma con la realidad no es algo que suceda por sí mismo. Si fuera así, ni Vds. ahora, ni nadie en el pasado, habrían experimentado la tentación de Lucifer en este punto. Porque los guías divinos del mundo habían concebido al hombre como partícipe en la distinción entre el bien y el mal, en la adquisición del conocimiento, y en que pudiera comer del árbol de la ciencia (del conocimiento), pero eso estaba previsto para épocas posteriores. Lo que falló en los hombres fue que quisieron hacer suyo ese conocimiento del bien y del mal prematuramente. Por la influencia de la tentación de Lucifer, los hombres quisieron adueñarse antes de tiempo de lo que tendrían que haber alcanzado solamente más tarde. En ese proceso sólo podía generarse un conocimiento inadecuado que, con respecto al conocimiento real que el hombre tendría que haber alcanzado de acuerdo con los planes divinos, es como un niño prematuro en comparación al niño que nace completo. Por eso tenían razón los gnósticos cuando dijeron aquellas palabras: El conocimiento humano, tal como acompaña a los hombres a lo largo de sus encarnaciones en el mundo, es en realidad un prematuro, un ectroma, porque los hombres no supieron esperar hasta haber hecho todo lo necesario para llegar al conocimiento. Tendría que haber pasado un tiempo en el que el hombre habría ido madurando ciertos estados anímicos y entonces le habría tenido que sobrevenir el conocimiento. Ese pecado original de la humanidad lo sigue cometiendo humanidad actual, porque, de no hacerlo, no nos preocuparía tanto tener prisa en aprehender una verdad y estaríamos dispuestos a madurar para llegar a captar ciertas verdades.

Una vez más, al hombre moderno le parecería extraño que alguien se le acercara y le dijera: "tú comprendes perfectamente el teorema de Pitágoras, pero si quieres comprender más profundamente el significado oculto de que 'la suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa', o antes de que madures para comprender que 'tres por tres es igual a nueve', has de realizar ciertas cosas en tu alma". Y el hombre actual se burlaría aún más si alguien quisiera decirle: "Esto sólo lo comprenderás cuando te pongas en sintonía con las leyes universales que han ordenado las cosas de modo que las leyes matemáticas se manifiesten de determinada manera". En realidad los hombres siguen cometiendo el pecado original cuando creen ser capaces de comprenderlo todo en cada momento y no admiten que la conciencia ha de tener primero un determinado soporte interior y que no se puede llegar propiamente a la realidad con los más rigurosos juicios.

Eso forma parte del tercer estado que hemos de describir. Por mucho que uno se esfuerce en el rigor de sus razonamientos, el error puede estar en su base. Sólo puede producirse un juicio acertado cuando hemos logrado un cierto estado de madurez, cuando hemos esperado hasta que el juicio brote en nosotros. No cuando nos empeñamos en encontrar el juicio correcto, sino cuando nos esforzamos en madurar para que el juicio se acerque a nosotros, y entonces tiene algo que ver con la realidad. Quien pugna terriblemente para lograr el juicio acertado nunca puede deducir que de ese esfuerzo surja un juicio decisivo. Sólo puede esperar alcanzarlo quien dedique su empeño en madurar poco a poco, y esperar que surjan los juicios correctos de las revelaciones que fluyen hacia él, porque ha madurado. Ahí se pueden tener las más curiosas experiencias. Como es natural, quien tenga la tendencia a llegar rápidamente a sus conclusiones se dirá: "Si alguien ha caído al agua y luego lo sacan muerto, es que se ha ahogado". Pero quien se haya hecho sabio, que haya madurado por la experiencia de la vida, sabrá que en cada caso individual no significa nada la regla general,

sino que en cada caso individual hemos de estar atentos a todos los aspectos de lo que nos viene dado y sólo hemos de juzgar según los hechos que se nos presentan. Eso podemos verlo muy bien corroborado en la vida.

Tomemos un caso. Hoy alguien dice algo. Ahora bien, puede ser que tengamos otra opinión y nos digamos: "Lo que dice no es verdad", porque nosotros tenemos tal vez una opinión distinta. Fantástico, él puede estar equivocado, pero nosotros también. En cierto aspecto es posible que ambas opiniones sean correctas o que ambas sean erróneas. Pero en la tercera etapa que hemos mencionado ya no será importante el que uno tenga una opinión distinta, da lo mismo. Es como si uno estuviera situado por encima de su propio juicio. Y el que ha adquirido la sabiduría (de la madurez antes descrita), retiene su juicio para no verse implicado de ningún modo con él, se abstiene de juzgar, incluso cuando es consciente de que podría tener razón. Así pues, a modo de prueba, como si fuera un experimento, uno no emite su juicio. Pero supongamos que alguien hoy nos dice algo. Dentro de dos meses nos dice lo contrario. En ese caso podemos desconectarnos y no tenemos nada que ver con ambos hechos. Cuando dejamos que los dos actúen sobre nosotros no hace falta que refutemos ninguno, porque ellos mismos se contradicen entre sí. Entonces el juicio lo realizará el mundo exterior y no nosotros. Ahí empieza a juzgar el sabio. Es interesante ver que, por ejemplo, nunca entenderemos el modo en que Goethe ejerció su ciencia natural, si carecemos de ese concepto de sabiduría de que las cosas mismas son las que deben juzgar. Por ello dijo Goethe aquella interesante máxima - la encontrarán en mi introducción a los escritos científicos de Goethe - : "Nunca habría que hacerse juicios o hipótesis sobre los fenómenos exteriores, porque los fenómenos mismos son la teoría, ellos mismos expresan sus ideas cuando uno ha madurado para dejar que actúen adecuadamente sobre uno mismo". No se trata de sentarse y dejar ir desde el alma lo que uno cree correcto, sino de madurar y dejar que el juicio brote de los hechos mismos. Así hemos de situarnos frente al pensar, de modo que éste no se convierta en juez sobre las cosas, sino en instrumento para que hablen ellas mismas. Eso es lo que quiere decir ponerse en sintonía con las cosas.

Cuando se ha realizado este tercer estado, el pensar ya no ha de querer sostenerse en sus propios pies, y se produce el estado anímico más elevado que uno debe alcanzar cuando se quiere llegar a la verdad. El estado que podemos denominar entrega. Asombro, veneración, sabia sintonía con los fenómenos universales, entrega al curso del universo, esos son los estadios que hemos de recorrer y que debieran acompañar siempre al pensar, que nunca han de abandonarlo, si no queremos que éste se limite a llegar a lo puramente correcto, pero no a lo verdadero. Quedémonos en este punto al que hemos ascendido a través del asombro, la reverencia, la sabia consonancia con los fenómenos del mundo y lo que hoy hemos llamado entrega, pero que aún no hemos explicado, porque vamos a hacerlo mañana. Mantengámonos ahí, en la entrega, y retengamos, por otro lado, la pregunta que hicimos: "¿Por qué hace falta situamos en una postura meramente intelectual para poder rebatir la ciencia espiritual?" Dos cuestiones que mañana intentaremos abordar.

SEGUNDA CONFERENCIA
Hannover, 28 de diciembre de 1911

Ayer llegamos al punto donde desembocamos en el estado anímico de la entrega, que se nos presentó como estado supremo, si queremos que el pensar tenga algo que ver con lo verdaderamente real, si queremos que penetre en la realidad lo que habitual-mente llamamos conocimiento. O diciéndolo en otras palabras: Un pensar que se ha elevado a los estados anímicos del asombro, la veneración ante el mundo de lo real y que se siente situado en sabia sintonía con los fenómenos del mundo, un pensar que fuera incapaz de elevarse a su vez a la región descrita en el estado anímico de la entrega tampoco sería capaz de llegar a la realidad. Pero esa entrega sólo puede alcanzarse si con toda energía intentamos tener ante la conciencia que el mero pensar es insuficiente y además nos esforzamos en generar la disposición anímica que no se canse de decirnos: No has de esperar que tu pensar te dé conocimientos de la verdad, en un principio sólo has de esperar que te eduque. Es extraordinariamente importante que desarrollemos esa actitud de que nuestro pensar nos educa. Como verán, si realizamos esa afirmación en la práctica, sabremos trascender muchas cosas de un modo muy distinto al que estamos habituados a hacerlo. Supongo que no muchos de ustedes habrán estudiado a fondo al filósofo Kant. Tampoco es que haga falta. Bástenos aquí con decir que en la obra más importante de Kant, la Crítica de la Razón Pura, encontrarán siempre indicadas por un lado las pruebas a favor y por el otro los argumentos en contra. Tomemos una frase, por ejemplo: "el mundo empezó una vez en el tiempo"; luego Kant escribe tal vez en el reverso de la página la otra frase: "el mundo siempre ha existido desde la eternidad". Y para esas dos proposiciones que, como ven, son justamente contrapuestas, Kant aporta argumentos válidos tanto para la una como para la otra. Es decir que demuestra tanto que el mundo empezó en algún momento como que nunca tuvo un principio. Kant llama a eso antinomias y con ello quiere mostrar la limitación de la capacidad cognoscitiva del hombre, quiere mostrar que el hombre necesariamente ha de llegar a esas argumentaciones contradictorias. Es decir: mientras el hombre opine que puede llegar a la verdad, que puede llegar a coincidir con algún tipo de realidad objetiva mediante el pensar o la elaboración de conceptos, o la elaboración mental de las experiencias, es realmente terrible comprobar que con esos instrumentos se puede demostrar una cosa y también la contraria. Si es así ¿cómo va a llegar el hombre a la realidad? Pero cuando nos hemos educado a considerar que el pensar no es capaz de decir la última palabra justamente allí donde nos enfrentamos con las cosas decisivas, cuando nos hemos educado enérgicamente a considerar el pensar como un simple medio de adquirir sabiduría de la vida, como medio para tomar en nuestras manos la propia autoeducación hacia la sabiduría, entonces no nos vemos afectados por el hecho de que, mentalmente, se pueda demostrar o contradecir alguna cosa. Porque pronto descubrimos que justo el hecho de que no podamos adueñarnos de la realidad elaborando los conceptos es lo que nos permite trabajar y educarnos de la forma más libre en los conceptos e ideas. Si uno fuera constantemente corregido por la realidad, la elaboración de los conceptos no sería ningún medio de autoeducación. Tengamos en cuenta que en la elaboración de nuestros conceptos sólo tenemos un medio activo y libre de educarnos a nosotros mismos, cuando la realidad no nos entorpece en la libre elaboración de las ideas.

¿Qué quiere decir que no nos entorpece? ¿En qué nos entorpecería la realidad a la hora de elaborar libremente los conceptos? Entenderemos ese hecho si hipotéticamente nos imaginamos nuestro pensar humano comparándolo con el pensar divino - y ya veremos más adelante que eso no tiene por qué ser hipotético. Podemos decirnos: En un principio, teóricamente, no podemos hacernos la idea de que el pensar divino sea incapaz de relacionarse con la realidad, sólo podemos imaginarnos que la abarca de lleno. Pero de ello habría que deducir nada menos que cuando el hombre comete un error en su pensar, no deja de ser una mera equivocación sin demasiada trascendencia, es un simple error mental. Y cuando el hombre más adelante se da cuenta de que se ha equivocado en su pensar, puede corregirlo, y con ello ha hecho algo para su

autoeducación, ha crecido en sabiduría. Pues bien, si el pensar divino piensa correctamente sucede algo, y cuando piensa erróneamente algo se destruye, algo se aniquila. Si por consiguiente tuviéramos un pensar divino, en cada concepto erróneo que nos hiciéramos provocaríamos un proceso de aniquilación, primero en nuestro cuerpo astral, luego en nuestro cuerpo etéreo; y si nuestro pensar fuera divino, si tuviera algo que ver con la realidad, la consecuencia del concepto equivocado provocaría en nuestro interior un pequeño proceso de desecamiento en alguna parte de nuestro cuerpo, un proceso de osificación. Está claro que en ese caso no tendríamos que cometer demasiados errores (en nuestro pensar) porque el hombre pronto acabaría desecando su cuerpo del todo, acabaría agotándolo, si los errores de su pensar los convirtiera en realidad. El hecho es que nos mantenemos en la realidad gracias a que nuestro pensar no penetra en ella, porque estamos protegidos ante esa eventualidad. Por eso podemos equivocarnos continuamente con nuestro pensar, y cuando más tarde corregimos esos errores nos hemos educado a nosotros mismos, nos hemos hecho algo más sabios, pero no hemos provocado al mismo tiempo efectos devastadores por culpa de ellos. Cuanto más nos impregnemos con la fuerza moral de ese pensamiento, llegamos a aquella entrega que finalmente nos lleva a no utilizar el pensar en los puntos decisivos de nuestra vida, cuando tengamos que informarnos sobre las cosas exteriores.

Eso suena extraño, ¿no es cierto? y al principio parece como si fuera imposible llevarlo a la práctica. Y aún así, es posible que no podamos realizarlo del todo, pero sí podemos hacerlo en ciertos aspectos. Tal como estamos constituidos cual seres humanos, no podemos perder del todo la costumbre de emitir juicios sobre las cosas; hemos de juzgar -ya veremos en estas conferencias el porqué - es decir, hemos de hacer algo para la vida práctica, algo que propiamente no penetre en las profundidades de la realidad. Por consiguiente, hemos de enjuiciar las cosas, pero ante todo discernimiento y mediante una sabia autoeducación debiéramos desarrollar una cierta prudencia a la hora de afirmar la verdad de lo que juzgamos. Debiéramos esforzarnos continuamente en observarnos a nosotros mismos por encima de nuestros hombros y hacernos conscientes de que allí donde usamos nuestra agudeza mental, en el fondo estamos tanteando en lo incierto, y por doquier estamos sujetos a error. Eso choca de frente con los que se enfrentan a la vida con suma cautela, que son incapaces de seguir adelante cuando han de dudar de los juicios que todo lo aseguran ante cada fenómeno o acontecimiento. Observemos la vida de muchas personas y veamos cómo, ante todo lo que les sucede, consideran lo más importante decir por todas partes: "creo esto" o "creo aquello", o cuando ven algo: "eso me gusta" o "eso no me gusta", etc., etc. Si uno no quiere formar parte de los extremadamente cautelosos, esas son las cosas de las que tenemos que desacostumbrarnos si queremos abordar la realidad con nuestra vida anímica. Se trata pues, de desarrollar una actitud que podríamos resumir diciendo: "Bueno, si he de vivir he de juzgar, y por lo tanto tendré que hacer uso de mis juicios en la medida que me lo exija la vida práctica, pero no cuando quiera conocer la verdad. Cuando quiera acercarme a ésta habré de esforzarme en mirar sobre mis propios hombros y tomaré con cierta precaución todo juicio que yo emita".

Estupendo, pero ¿cómo vamos a llegar a tener pensamientos sobre la verdad si hemos de dejar de juzgar? Ayer dijimos en cierto contexto que hemos de dejar que las cosas hablen, que nos comportemos de forma cada vez más pasiva ante las cosas y que ellas acabarán manifestando sus misterios. Se evitarían muchos problemas si los hombres no juzgasen y dejaran que los objetos mismos expresasen sus misterios. En el caso de Goethe, podemos aprender de forma espléndida esa actitud que permite dejar que los objetos expresen sus secretos. Justo allí donde quiere investigar cuál es la verdad, Goethe se prohíbe a sí mismo emitir ningún juicio y permite que las cosas mismas le manifiesten sus misterios. Supongamos que un hombre opina sobre algo y el otro deja que las cosas le revelen sus intimidades. Podemos ilustrarlo con un ejemplo: El que emite juicios, observa un lobo y lo describe. Descubre que existen otros animales que se le parecen y de esta manera llega al concepto general de "lobo". Luego puede concluir diciendo: "En realidad sólo existen especimenes de lobo, mientras que la idea general 'lobo' me la construyo yo en mi mente; el lobo como tal no existe, lo único que existen son los especimenes de lobo que corren por el mundo". Su juicio fácilmente le dirá que sólo estamos frente a lobos concretos y que lo que tenemos en el concepto general, en

la idea, en esa imagen general del lobo, no es algo real. Quien llega a esa conclusión es la persona que básicamente se limita a emitir juicios. Pero quien deje hablar a la realidad ¿qué pensará sobre ese elemento invisible del lobo que hallamos en todos los lobos y que a su vez los describe a todos? Más o menos diría: "Comparo una oveja o un rebaño de ovejas con un lobo. No quiero empezar emitiendo juicios, sino permitir que los hechos hablen." Supongamos que esa persona tiene oportunidad de comprobar que ese lobo se come las ovejas. El interesado dirá: "Lo que antes hemos visto corretear por allí como oveja está ahora dentro del lobo y se ha convertido en parte de él".

Pero lo curioso es que esa observación de los hechos nos muestra cuan real es la naturaleza genérica del lobo. Porque lo que uno podía comprobar exteriormente nos tendría que llevar a opinar: Si al lobo sólo se le dejara comer ovejas sin parar, con el tiempo la sustancia del lobo acabaría siendo la de las ovejas que ha ido devorando. Pero el hecho es que nunca se convierte en una oveja, sigue siendo un lobo. Si hemos de juzgar correctamente, ello muestra que lo material no ha sido simplemente absorbido por un concepto irreal. Si averiguamos qué es lo que hay en el mundo real de los hechos, veremos que aparte de lo que tenemos ante nosotros como elemento material en el lobo, ese lobo posee en sí mismo algo totalmente real que trasciende lo material, y que lo que no vemos es algo enteramente real. Porque lo que no llega a convertirse en material es precisamente lo que hace que el lobo que devora ovejas no se convierta en oveja sino que siga siendo lobo. Lo puramente material de las ovejas se ha convertido en lobo.

Es difícil hacerse una idea de cuál es la diferencia entre juzgar la realidad y dejarse enseñar por ella. Pero cuando hemos captado esa distinción y sólo aplicamos el juicio para los asuntos de la vida práctica, dejándonos instruir por las cosas para acercarnos a la realidad, acabamos desembocando en la disposición anímica que nos dice lo que es la entrega. La entrega es la actitud del alma que no pretende investigar la verdad por sí misma, sino que espera recibir la verdad de la revelación que fluye de las cosas y que es capaz de esperar hasta haber madurado lo suficiente para recibir esta o aquella revelación. El juicio quiere llegar a la verdad sea cual sea el nivel en que él mismo se encuentre. La entrega no pugna para penetrar violentamente en esta o aquella verdad, ella trabaja sobre sí misma, en la propia autoeducación, y espera con paciencia a que, en un determinado nivel de madurez, afluya y nos impregne la verdad a través de las revelaciones que emanan de las cosas. Trabajar con paciencia para avanzar en nuestra sabia autoeducación: en eso consiste la disposición anímica de la entrega.

Ahora bien, lo importante es hacernos conscientes de los frutos de esa entrega. Lo conseguimos cuando avanzamos con nuestro pensar desde el asombro, pasando por la veneración y el sentirse en sabia consonancia con la realidad hasta desembocar en la disposición anímica de la entrega. ¿Y qué es lo que alcanzamos con ello? Que al acercarnos al mundo de las plantas con su verdor, el cambiante color de sus flores y otra serie de manifestaciones, cuando contemplamos el firmamento en su azul, las estrellas en su brillo dorado, sin juzgar nada, dejando que las cosas nos revelen lo que son, cuando hemos llegado a ese grado de entrega, en ese momento las cosas se convierten en algo muy distinto a lo que eran hasta entonces en el mundo sensorial, y en ese mundo de los sentidos se nos revela algo que solamente podríamos definir con una palabra extraída de nuestra vida anímica. ¿Cuál es?

En la figura 1, (pág. 32) indicamos con la línea a-b el mundo sensorio tal como se nos aparece. Supongamos que estamos aquí ® frente al mundo sensorial y lo contemplamos como si fuera un velo que se extiende ante nosotros. Lo que se quiere expresar en esta línea a-b son los sonidos del mundo sensorial que perciben nuestros oídos, los colores y formas que actúan sobre nuestros ojos, los aromas y sabores y toda la serie de percepciones sensoriales, como podrían ser también la dureza, la ductilidad, etc. Esa línea representa el mundo de los sentidos.

Ahora bien, en nuestra vida habitual tal como nos situamos en ese mundo sensorio, aplicamos nuestra facultad de juicio. Las ciencias exteriores surgen porque uno se acerca a ese mundo de los sentidos e investiga con diversos métodos cuáles son las leyes que rigen en esos objetos sensorios. Por la índole de todo lo que hemos dicho anteriormente sabemos que así no penetramos en el mundo de la realidad, porque el

juicio no es un guía en esa dirección; vimos que sólo educando el pensar en el asombro, la veneración, etc., podemos acercarnos al mundo de lo real. Entonces se modifica el mundo sensorial y se convierte en algo totalmente nuevo. Es importante que nos aproximemos a ese nuevo aspecto si queremos entender la esencia del mundo de los sentidos.

Supongamos que alguien ha desarrollado hasta un cierto grado esa disposición anímica de la entrega y se sitúa ante el verde frescor de un prado. Como no hay plantas que destaquen con colores distintos en él, en un principio se le muestra como un verdor general. Y al contemplar ese prado, la persona no podrá evitar que surja en su interior una sensación de equilibrio, de un equilibrio lleno de vida, como si sintiera el murmullo de las olas, suave, armónico y regular. No podrá evitar que surja en su alma esa imagen. En cada sabor, en cada aroma sentirá una especie de movilidad. No habrá color ni sonido que no le digan nada. Todo dice algo y lo dice de tal modo que el hombre siente la necesidad de responder a lo dicho, no con un juicio, sino con una cierta movilidad interior. Para ese hombre el mundo sensorial se abre como si fuera una crisálida y le desvela su naturaleza; entonces sabe que sólo puede describir ese mundo con una palabra: voluntad. En la medida en que estamos ante el mundo sensorial, todo es voluntad imperante y fluente. Les ruego que tengan bien en cuenta que quien haya adquirido esa actitud de la entrega en un alto grado descubre por doquier voluntad activa en el mundo sensorial. Por eso entenderán que si alguien ha desarrollado esa disposición de la entrega, aunque sea en pequeño grado, se sentirá mal al ver por la calle algún impertinente color de moda, porque sólo puede sentirlo como algo que se agita interiormente, como sucederá con todo lo que perciba de ahí fuera. Se halla siempre unido con el mundo mediante una voluntad que percibe y siente en todas las cosas. Y se acerca a lo real sintiéndose unido con todo lo que sea el mundo sensorial mediante la voluntad. El mundo de los sentidos se convierte en una especie de mar de voluntad diferenciada de las más diversas maneras. Mas con ello, lo que antes sentíamos extendido como una superficie, adquiere ahora un cierto espesor. Es como si viéramos y oyéramos detrás de la superficie de las cosas y percibiéramos por todas partes voluntad fluente. Para los que hayan leído alguna vez a Schopenhauer, les diré que él intuyó esa voluntad operante, aunque de una manera unilateral, sólo en el mundo de los sonidos, y por eso describe la música como efectos volitivos diferenciados. Mas para el hombre que se halla en esa disposición de entrega todo el mundo sensorial es voluntad activa. Cuando el hombre ha aprendido a captar voluntad imperante en todo lo sensorial, puede profundizar en su incursión en ese mundo y, atravesándolo, puede penetrar en sus misterios que antes se le ocultaban. Para entender el paso siguiente hemos de empezar preguntándonos:

¿Cómo averiguamos la presencia del mundo sensorial? Y la sencilla respuesta será: pues a través de los sentidos; el mundo acústico a través del oído, el de los colores y las formas a través de la vista, etc. Trabamos conocimiento del mundo sensorio gracias a nuestros órganos sensoriales. Quien primero se enfrenta a él del modo habitual deja que ese mundo actúe sobre él y luego lo enjuicia. El hombre que ha llegado al estado de entrega también empieza dejando que el mundo de los sentidos actúe sobre él, luego siente cómo, desde los objetos, afluye hacia él la voluntad operante, y cómo él mismo parece nadar con los objetos en un mar común de voluntad activa. Cuando el hombre siente esa voluntad imperante al tener las cosas frente a sí, de algún modo su evolución le impulsa por sí misma hacia un grado superior. Y puesto que ha llegado a esa entrega pasando por las etapas del sentirse en sabia sintonía con la sabiduría universal, la reverencia y el asombro, en la confluencia de esos estados en la disposición de la entrega alcanzado al final, aprende a fusionarse con las cosas con su cuerpo etéreo subyacente en su cuerpo físico. En la voluntad activa, el hombre primero se fusiona con las cosas mediante sus órganos sensoriales. Como hombres "entregados", cuando oímos, vemos y olemos las cosas sentimos la voluntad activa que afluye a través de nuestros ojos, oídos, etc. y nos sentimos en correspondencia con las cosas mismas. Pero detrás del ojo y del oído físicos se halla el cuerpo etéreo del ojo y del oído. Estamos totalmente interpenetrados por nuestro cuerpo etéreo. Y del mismo modo que el cuerpo físico se fusiona con las cosas del mundo sensorial mediante la voluntad imperante, también el cuerpo etéreo puede fusionarse con ellas. Pero al hacerlo, se le presenta al hombre una visión totalmente nueva. El mundo se ha transformado de una manera muchísimo mayor que cuando logró penetrar hasta la voluntad

activa que subyace en la apariencia sensorial. De modo que cuando con nuestro cuerpo nos fusionamos con las cosas, éstas ejercen una impresión sobre nosotros que nos impide dejarlas como están en nuestras representaciones y conceptos, y se transforman cuando entramos en relación con ellas.

Supongamos que alguien ha pasado por la disposición de la entrega. Contempla una hoja verde llena de savia y dirige hacia ella su mirada anímica. Pues bien, no puede dejar que ese verde permanezca tal como está, puesto que en el momento de mirarlo siente que esa hoja verde se trasciende a sí misma, siente que dicha hoja tiene la posibilidad de convertirse en algo totalmente distinto. Si tenemos ante nosotros una hoja verde, sabemos que en la medida que vaya creciendo la planta, acabará desembocando en los pétalos de color. La planta entera es en realidad una hoja transformada. Eso pueden verlo en las investigaciones de Goethe sobre la Metamorfosis de las Plantas. En pocas palabras, quien contempla la hoja, en la hoja que no está todavía acabada descubre que ella quiere trascenderse a sí misma y percibe más de lo que la hoja le da. Se siente tan afectado por la hoja verde que siente en su propio interior como una vida que brota. Y de ese modo se identifica con la hoja y siente la vida en brotación. Supongamos, en cambio, que percibe una corteza seca de árbol, entonces sólo podrá identificarse con ella sintiéndose sobrecogido por una sensación de muerte. En la corteza ve aún menos de lo que en realidad representa. Mientras examinemos la corteza seca del árbol por su mera apariencia sensorial, podremos asombrarnos ante ella, podrá gustarnos, pero no sentiremos el encogimiento que traspasa nuestra alma y la llena de pensamientos de muerte frente a la corteza desecada.

Con esa identificación del cuerpo etéreo con las cosas no hay nada en el mundo que no provoque en nosotros sentimientos de crecimiento, devenir, brotación, y también de extinción y descomposición. Así penetramos con la mirada en las cosas. Supongamos que, como personas en aquel estado de entrega que siguen avanzando en su autoeducación, de un modo u otro dirigimos nuestro sentido a la laringe humana, y entonces ésta se nos presenta de una manera muy peculiar, como un órgano que está en los comienzos de su desarrollo y que tiene un enorme futuro frente a sí; y sentimos eso gracias a lo que la propia laringe nos manifiesta sobre su verdad, diciéndonos que ella es como una semilla, y no un fruto o algo que marchita. Y en virtud de lo que la propia laringe expresa sobre sí misma, descubrimos que en la evolución humana vendrá un día en que la laringe se habrá transformado completamente, y veremos que, si bien actualmente el hombre solamente produce las palabras con la laringe, llegará un momento que ella engendrará seres humanos. Ella es el futuro órgano de generación, de reproducción. E igual como el hombre hoy reproduce la palabra con la laringe, ésta es el rudimento, el órgano seminal que en el futuro evolucionará para reproducir al hombre entero, cuando éste se haya espiritualizado. Eso lo expresa directamente la laringe si dejamos que ella nos diga lo que es. Otros órganos humanos se nos presentan como órganos que culminaron su evolución hace ya mucho tiempo y que en el futuro ya no estarán presentes en el organismo humano.

A esa visión se le presenta algo así como el futuro de las cosas en su devenir y en su perecer. Cuando llegamos a esa experiencia de fusión de nuestro cuerpo etéreo con el mundo de la realidad, la vida que brota y la descomposición o el marchitamiento son las dos cosas que se entretejen en todo. Algo que, al progresar el hombre, se le convierte en una prueba muy difícil. Porque cuando está frente a un ser tiene un sentimiento de devenir, brotar y crecer ante algunas de sus manifestaciones y una sensación de muerte y marchitamiento ante otras. Todo lo que vemos detrás del mundo sensorio se da a conocer a partir de esas dos energías fundamentales. En el ámbito del conocimiento espiritual a eso se le llama el "mundo del surgir y del perecer". Cuando se está ante el mundo sensorial se percibe el mundo del surgir y del perecer y lo que subyace en él es la sabiduría activa.

¡Detrás de la voluntad operante nos hallamos con la sabiduría activa! Y digo explícitamente activa u operante porque la sabiduría que el hombre adquiere en sus conceptos no suele ser activa, sino una sabiduría meramente pensada. La sabiduría que el hombre aprehende, al percibir detrás de la voluntad imperante, se halla vinculada con las cosas, y en el mundo de las cosas la sabiduría es operante y tiene sus efectos, está realmente presente. Cuando ella se retira de la realidad aparece el proceso de muerte, cuando afluye en ella

aparece el devenir, la generación de vida que brota y crece. Como verán, podríamos delimitar el mundo que estamos contemplando ahora y que podemos llamar el segundo mundo, y decir: Miramos el mundo de los sentidos como mundo A (figura 1 -pág. 31) y el de la sabiduría activa como mundo B.

La sustancia de nuestro propio cuerpo etéreo ha sido extraída de este último. Lo que ahí fuera percibimos como sabiduría operante lo captamos también en nuestro propio cuerpo etéreo. Y en nuestro propio cuerpo físico no vemos solamente la apariencia sensorial, sino también la voluntad activa, porque en el mundo sensorial vemos por doquier la voluntad operante.

Lo curioso es que al encontrarnos en ese estado de entrega y situarnos ante otra persona, el color de su cuerpo se nos presenta ya no meramente rojizo, amarillento o verdoso, no nos limitamos a ver esos colores, sino que al identificarnos con sus mejillas rojizas, por ejemplo, al fusionarnos con la realidad, lo estamos haciendo con la voluntad operante, es decir, que en esas mejillas encarnadas vemos cómo se abalanza sobre nosotros todo lo que en él vive y teje. Los que estén predispuestos a ver mejillas encarnadas se dirán: La persona de pómulos rojizos es la única saludable. Por consiguiente, nos enfrentamos a las personas viendo la voluntad operante que hay en ellas, y entonces podemos decir: "Nuestro cuerpo físico, que aquí representamos con este círculo (diagrama 1), ha sido extraído del mundo A, ¡del mundo de la voluntad operante! En cambio, nuestro cuerpo etéreo, que aquí señalo con el segundo círculo, procede del mundo de la sabiduría imperante, del mundo B. Vemos así en el diagrama el mundo de la sabiduría activa y el de la voluntad operante que se extienden ahí fuera, y cómo se relacionan con nuestros cuerpo etéreo y físico respectivamente.

Ahora bien, en la vida habitual el hombre no puede conocer el nexo entre ambos. Por lo que vemos indicado en el diagrama, existe una relación directa entre el mundo sensorial exterior y nuestro cuerpo físico, y entre el mundo de la sabiduría activa y nuestro cuerpo etéreo. Esos son los nexos que el hombre no percibe ni puede influenciar. ¿Por qué es incapaz de ejercer ninguna influencia sobre ellos? Porque existe la posibilidad de que nuestros pensamientos y toda nuestra vida racional no sean tan inofensivos para nuestra realidad como lo son en nuestro quehacer cotidiano.

En nuestra vida cotidiana, en el estado de vigilia, los buenos dioses han procurado que nuestros pensamientos no actúen con demasiada virulencia sobre nuestra propia realidad, nos han despojado del poder que nuestros pensamientos podrían ejercer sobre nuestros cuerpos físico y etéreo. De no ser así, las cosas irían realmente mal. Vuelvo a insistir: si en el mundo de los hombres, los pensamientos realmente significaran lo mismo que significan en verdad como pensamientos de los dioses, con cada error el hombre provocaría un pequeño proceso de muerte en su interior y pronto acabaría desecado. ¡Y no hablemos de la mentira! Pues si el hombre tuviera acceso (con el pensar) al mundo de la verdad, con cada mentira calcinaría la correspondiente porción del cerebro, y pronto descubriría cuan poco dura el cerebro. Los buenos dioses despojaron a nuestra alma del poder sobre nuestros cuerpos físico y etéreo. Pero eso no puede durar siempre. Pues si nuestra alma jamás llegara a tener una influencia sobre ellos, muy pronto acabaríamos con las fuerzas que imperan en nuestros cuerpos físico y etéreo y nuestra vida sería muy breve. Como veremos en el curso de estas conferencias, en nuestra alma existen fuerzas que han de volver a verterse en dichos cuerpos porque éstos las necesitan. Por eso, en determinados momentos, nuestra alma ha de derramar ciertas corrientes energéticas en el cuerpo físico y el etéreo. Eso es lo que sucede en la noche, cuando dormimos. En esos momentos afluyen desde el universo, a través de nuestro cuerpo astral y de nuestro yo, las corrientes que nos hacen falta para eliminar la fatiga. En esos instantes existe de hecho la conexión viva entre los mundos de la voluntad y de la sabiduría con nuestros cuerpos físico y etéreo. Porque durante el sueño nuestro cuerpo astral y nuestro yo desaparecen en el seno de esos mundos. Penetran en ellos y en su interior generan centros de atracción para las sustancias que habrán de afluir desde el mundo de la sabiduría en el cuerpo etéreo, y desde el mundo de la voluntad activa en el cuerpo físico. Eso es lo que ha de suceder por la noche. Si el hombre, por lo general, estuviera ahí presente con su conciencia - ¡ya verían Vds. cómo se produciría esa afluencia de

energías! -, ¿qué sucedería? Que al estar conscientemente presente con sus errores y sus vicios, con todo lo negativo que realiza en el mundo, se convertiría en una especie de aparato receptor de las fuerzas que habrían de confluir. En ese caso se producirían terribles estragos en nuestros cuerpos físico y etéreo a causa de lo que el hombre emanaría de su cuerpo astral y de su yo desde los mundos de la sabiduría y de la voluntad operantes.

Por eso, para que afluyesen por la noche las energías adecuadas en nuestros cuerpos físico y etéreo, los buenos dioses se preocuparon de que no pudiéramos estar presentes en ese proceso con nuestra conciencia. Para ello amortiguaron la conciencia humana durante el sueño, para que con sus pensamientos, que entonces estarían activos, no pudiera destruir lo que sin duda destruiría. Ese es también uno de los elementos que más nos duelen cuando ascendemos a los mundos superiores con el sendero cognoscitivo que hemos descrito, cuando realmente ponemos manos a la obra. En mi escrito ¿Cómo se alcanza el Conocimiento de los Mundos Superiores? encontrarán la descripción de cómo la vida nocturna, la vida que dormimos, nos sirve de ayuda para poder ascender desde la realidad exterior a los mundos superiores. Y cuando a partir del Mundo de la Imaginación, el hombre empieza a iluminar la conciencia de sueño con su conocimiento, sus experiencias y vivencias, tendrá que esforzarse en eliminar de su conciencia todas las fuentes de destrucción de sus cuerpos físico y etéreo. Es por eso que se hace necesario conocerse muy bien a sí mismo cuando se quiere ascender a los mundos superiores. Cuando uno se conoce con exactitud, en la mayoría de los casos deja de amarse a sí mismo. Ese amor a sí mismo suele desaparecer cuando empezamos a conocernos - no olvidemos que ese amor propio está presente en todos y que se equivoca quien piensa que no se ama a sí mismo, pues uno se ama a sí mismo más que a cualquier otra cosa del mundo. Cuando se supera ese amor propio, podemos desprendernos de nosotros mismos. En ese proceso de ascenso, hemos de llegar a decirnos: "Tal como eres ahora mismo has de apartarte". Ya se ha hecho mucho con el mero hecho de haber llegado al estado de entrega que hemos descrito. Pero hemos de llegar a no amarnos a nosotros mismos. Hemos de poder llegar a decirnos: "Has de dejarte de lado. Porque si tienes en tu interior lo que sueles amar en forma de errores, mezquindades, prejuicios, simpatías y antipatías, y eres incapaz de dejarlo a un lado, tu ascenso provocará que tus errores, mezquindades y prejuicios introduzcan determinadas fuerzas en aquello que ha de afluir para que puedas despertar la clarividencia. Y cuando todo ello confluye en tus cuerpos físico y etéreo, tus múltiples errores producirán otros tantos estragos en dichos cuerpos". Mientras carecemos de conciencia durante el sueño, mientras somos incapaces de ascender a los mundos de la clarividencia, en esa misma medida los buenos dioses evitan que esas fuerzas destructivas intervengan en nuestros cuerpos físico y etéreo al mezclarse con las corrientes que afluyen desde los mundos de la voluntad y la sabiduría operante. Pero cuando llevamos en nosotros nuestra conciencia al mundo de la clarividencia, los dioses ya no nos protegen - porque la protección que nos dan consiste precisamente en hacernos inconscientes - y entonces nosotros mismos hemos de apartar nuestros prejuicios, simpatías, antipatías, etc. Todo eso hemos de lograr descartarlo, porque si todavía nos aferramos a algún resto de amor propio, deseos personales, etc,, y aún emitimos juicios partiendo de lo personal, todo ello se convierte en elementos que perjudican nuestra salud, es decir, nuestros cuerpos físico y etéreo, cuando estamos ascendiendo hacia los mundos superiores.

Es de capital importancia tener esto en cuenta. Ello puede contribuir a convencernos de cuan importante es que en la vida cotidiana nuestros pensamientos, tal como los captamos habitualmente, no tengan nada que ver con la realidad y no ejerzan ninguna influencia sobre los cuerpos físico y etéreo del hombre, siendo incapaces de afectar a la realidad de una forma directa o decisiva. Mas si por la noche estuviéramos conscientes mientras dormimos, sí podrían tener un efecto decisivo, pues cada pensamiento erróneo destruiría algo en los cuerpos físico y etéreo. En esos momentos surgiría lo que hemos descrito. El mundo sensorial se nos presentaría como un mar de voluntad activa y detrás de ella veríamos cómo actúa en esa voluntad, instigándola y estimulándola, la sabiduría que construye el mundo, continuamente provocando con sus oleadas los procesos de surgir y perecer, nacer y morir. Estaríamos viendo el mundo de lo verdadero, el mundo de la voluntad operante y el de la sabiduría activa; pero este último es el mundo del surgir y del

perecer, de los constantes nacimientos y muertes. Ese es nuestro mundo, y es de enorme importancia llegar a conocerlo. Pues en el momento en que se lo reconoce, empezamos a tener un medio importante para profundizar en nuestra entrega, pues nos sentimos sumergidos en incesantes nacimientos y muertes, y sabemos que con todo lo que hacemos estamos inmersos en algo que está surgiendo o pereciendo. Lo bueno no será simplemente algo de lo que podamos decir: "Esto es bueno, me llena de simpatía, etc.". No es así. Porque ahora el hombre empieza a saber que el bien en el universo es algo creador y que equivale al mundo del surgir. Y el hombre siente el mal como descomposición que se derrama. Esa es una importante transición a una nueva concepción del mundo en la que el mal podrá sentirse como el ángel de la muerte, el ángel exterminador que recorre el mundo; una concepción en la que sólo podrá sentirse el bien como el creador de incesantes nacimientos a gran y a pequeña escala. Y al hombre que comprende estos hechos la ciencia espiritual habrá de darle una intuición de cuánto puede profundizar en su cosmovisión gracias a esta visión espiritual del mundo, una intuición que le haga sentir: "El mundo del bien y del mal no son simplemente lo que se nos presenta en la ilusión (Maya) exterior, donde nos enfrentamos a ellos con nuestra capacidad de juicio y sólo sentimos que nos provocan simpatía o antipatía. No, el mundo del bien es el mundo de lo creador, y el mal es el ángel exterminador que recorre el mundo con su guadaña". Con cada mal que realicemos nos convertimos en ayudantes del exterminador participando en los procesos de muerte y descomposición. Los conceptos que aprehendemos desde fundamentos espirituales actúan fortaleciendo toda nuestra visión del mundo. Esa es la fuerza que ha de adquirir la humanidad a partir del momento actual para proseguir hacia la evolución cultural del futuro, porque eso será lo que necesitarán los hombres. Hasta aquí los buenos dioses protegieron a los hombres y se preocuparon de ellos, mas ahora en nuestra quinta época cultural postatlante ha llegado el momento en que los hombres vuelven a tomar el destino en sus manos en el bien o en el mal. Para ello hace falta que los hombres sepan lo que significa el bien como principio creador y lo que implica el mal como principio portador de muerte.

TERCERA CONFERENCIA
Hannover, 29 de diciembre de 1911

Por la conferencia de ayer pudimos ver cómo el cuerpo físico humano se relaciona con lo que llamamos nuestro mundo sensorial. También vimos que el cuerpo físico de algún modo consta de la misma sustancia que encontramos en el mundo sensorio exterior, sustancia que ayer se nos mostró realmente como voluntad. Ello nos permite decir que en el mundo exterior de los sentidos tenemos voluntad operante y que, por consiguiente, también la tenemos en el cuerpo físico humano. En ese aspecto, nuestra corporalidad física también forma parte del mundo sensorial exterior. Detrás del mundo sensorial hemos encontrado, a su vez, el mundo del surgir y del perecer cuya verdadera forma constituye lo que podemos llamar la sabiduría activa. Y de esa sustancia está constituido a su vez el cuerpo etéreo humano. Ahora bien, en ambos cuerpos se hallan insertos el cuerpo astral y el yo; porque el hombre integral, tal como se nos presenta en la Tierra, es un acoplamiento mutuo de los cuerpos físico, etéreo, astral y del yo.

En este punto hemos de agregar una observación que tal vez hoy sea un poco difícil, pero que una vez formulada nos permite comprender mejor el mundo y, por consiguiente, también la esencia del hombre. De antemano tendremos que dar por sentado que los cuerpos físico, etéreo, astral y el yo de algún modo han de estar ensamblados entre sí. Ahora bien, quien por la clarividencia desarrollada logra contemplar ese ensamblaje de los cuatro miembros constitutivos de la naturaleza humana, recibe la impresión - y ya veremos cuan importante es tener en cuenta esa impresión - de que esos cuatro miembros están ensamblados de una manera irregular, y se ve obligado a decirse: "En algún momento tuvo que producirse ese desorden". O sea, que recibimos la impresión de que esos cuatro miembros de la entidad humana no se acoplan entre sí de la manera que les correspondería y que en algún momento se tuvo que producir el actual desorden. Cuando se toca este punto dentro de los misterios de la vida, podemos descubrir la infinita profundidad que conllevan los mensajes religiosos ocultos si realmente se los comprende.

Iremos viendo poco a poco que lo que se implica con ese desorden se halla maravillosamente expresado en la Biblia con las palabras que Lucifer le dice al hombre cuando quiere tentarlo: "Vuestros ojos se os abrirán y sabréis distinguir entre el bien y el mal" (Génesis, 3,5). En esas palabras subyace algo de enorme profundidad. No quieren decir que sólo los ojos "se abrirán", porque aquí los ojos en realidad son los representantes de todos los sentidos. Si entendemos adecuadamente las palabras de Lucifer, podemos traducirlas de la manera siguiente: "Si me seguís a mí - es decir a Lucifer - todos vuestros sentidos actuarán de forma distinta a como tendrían que hacerlo si siguierais a los dioses". En realidad, es muy difícil para el hombre actual imaginarse cómo actúan esos sentidos, y no tendré más remedio que decir algunas cosas en apariencia grotescas si quiero esclarecerles cómo obrarían dichos sentidos si no hubiera intervenido Lucifer produciendo ese desorden en el ensamblaje regular de los cuatro miembros constitutivos de la naturaleza humana. Y digo que parecerán grotescas por la simple razón de que los hombres, en su actual configuración, no pueden concebir que desde el principio las cosas fueran realmente distintas a como las vivencian actualmente. Si al hombre moderno se le hace la pregunta de ¡para qué sirven los ojos?, nada podrá ser más natural que responder diciendo: Obviamente, sirven para ver. Y es evidente que si alguien dice: ¡los ojos no sirven para ver!, con cierta razón se le considerará un loco. En realidad, desde el principio de la evolución de la Tierra, los ojos humanos no estaban destinados a ver. Empezaron a adecuarse para la visión, tal como hoy la poseemos, gracias a la tentación de Lucifer. Dicho de otro modo, la energía visual del hombre no tenía que haber impregnado los ojos y salir hacia fuera, hacia los llamados "objetos", sino que, de acuerdo con las intenciones originales de los dioses -y permítanme usar esa expresión- con cada acto de visión el hombre tendría que haberse hecho consciente de su propio ojo, es decir, no tendría que haber visto las cosas

exteriores, sino que únicamente debería haber sentido su propio ojo. Tendría que haberse hecho consciente de la actividad que tiene lugar en el interior del ojo, mientras que hoy no la sentimos y sólo nos hacemos conscientes de lo que sucede gracias a dicha actividad, es decir: aparece ante nuestra conciencia el objeto exterior. Pero el hombre tendría que haberse visto implicado en su visión mucho antes de llegar al objeto, en el ojo tendría ya que haberse hecho consciente de sí mismo, sintiendo la actividad ocular.

Actualmente, el hombre no puede hacer eso en el ojo, a menos que haya realizado algún desarrollo oculto especial. Sólo puede hacerlo con la mano, porque al menos puede distinguir con ella si está asiendo un objeto, o si la está moviendo libremente, sin propósito, de modo que se da cuenta simplemente de la actividad de la mano. Cuando el hombre se limita a dirigir su energía visual hacia el ojo, simplemente no ve nada. Eso es lo que sucedería en el hombre actual. Pero no era esa la intención original, sino que cuando el hombre hubiera prestado atención a su ojo o a su oído, o a cualquier órgano sensorial, hubiera tenido que percibir la voluntad operante, se hubiera visto a sí mismo flotando en esa voluntad activa y se habría dado cuenta de ello por la forma peculiar en que ésta interviene en el ojo. Con el ojo tendría que haber sucedido algo parecido a lo que ocurre con la mano. Cuando agarramos algo sentimos que el objeto es duro, si logramos aplastarlo sabemos que es dúctil. Pero en realidad lo que estamos captando es lo que hacemos con la mano. Lo mismo habría sucedido con el ojo. Si el cuerpo etéreo estuviera bien ensamblado en el físico, simplemente sentiríamos el ojo que entra en relación con la voluntad activa.

Mas el cuerpo etéreo no está bien acoplado al físico, eso es lo singular, aunque no deja de ser un ejemplo del desorden que hay dentro del hombre. En la entidad humana ninguno de los cuerpos está realmente bien ensamblado con los demás, todos ellos se relacionan de manera anormal. Si la influencia de Lucifer no se hubiera producido en el principio de la evolución, el ensamblaje mutuo de los miembros constitutivos sería distinto. Y lo que hoy queremos esclarecer es el hecho de que algo muy particular tuvo lugar con el desorden que se introdujo por el influjo luciférico.

Intentemos dilucidar ese hecho del modo siguiente. Quiero empezar expresando el asunto de un modo esquemático (véase el diagrama de la figura 2, en la página 48). Observemos primero la conexión entre el cuerpo físico y el cuerpo etéreo inserto en él. Si el cuerpo etéreo estuviera integrado de forma ordenada en el físico, tal como era la intención originaria de los dioses, el hombre - y perdonen que utilice palabras del todo inadecuadas, porque no las hay para ello en nuestro lenguaje ordinario - experimentaría a su alrededor una especie de continuo murmullo de voluntad operante (parecido al que produce la llovizna). El hombre percibiría por doquier voluntad activa diferenciada, según cual fuera el órgano sensorial que dirigiera hacia el mundo. Esos órganos, en su diversidad, simplemente le darían oportunidad de viven-ciar la voluntad de forma distinta, pero no dejaría de sentir por todas partes el murmullo de la voluntad. Como ya se dijo, eso es lo que sucedería si el cuerpo etéreo estuviera bien acoplado al físico. Pero no es eso lo que ocurre, porque en realidad no se halla ensamblado del todo dentro de él, no impregna totalmente el cuerpo físico, sin que deja una parte de él a sus propias fuerzas, lo que provoca que el cuerpo físico tenga un peso excesivo en su actividad propia. Por consiguiente, existen zonas en el cuerpo físico humano que no se hallan plenamente impregnadas del cuerpo etéreo como debieran estarlo según los planes originales de las entidades divino-espirituales que dirigen la evolución terrestre. Y esos puntos donde el cuerpo físico no se halla penetrado adecuadamente por el cuerpo etéreo son aquellos donde se forman los órganos sensoriales. Ello provoca que dichos órganos adopten la forma que tienen actualmente. Esa es la razón por la que en cada uno de ellos tengamos esa peculiar actividad puramente física que, de algún modo, se sustrae a las actividades vitales generales.

Tengamos en cuenta que en el ojo hay algo que podríamos comparar con los efectos puramente físicos de una cámara oscura, de un aparato fotográfico. Es como si una parte del cuerpo físico hubiera sido extraída de la impregnación general del cuerpo etéreo. Y eso es realmente lo que sucede. Lo mismo ocurre con el oído interior propiamente dicho, donde en el laberinto auricular tenemos algo así como el teclado de un piano. Es como si el cuerpo etéreo se hubiera retirado, y nos encontramos en el cuerpo físico con efectos de naturaleza

puramente física, no impregnados debidamente por lo etéreo, provocándose así lo que llamamos sensaciones. Experimentamos los colores porque el cuerpo etéreo del ojo no penetra ordenadamente en su órgano físico correspondiente, haciendo que dentro del organismo se generen efectos puramente físicos. Lo mismo sucede con los demás sentidos: en todos ellos se produce la preponderancia del cuerpo físico sobre el cuerpo etéreo. Para empezar, ello nos permite decir que, en la relación mutua entre los cuerpos físico y etéreo, nos encontramos con el predominio del cuerpo físico sobre el etéreo. Si esa preponderancia no se produjera, todo el mundo sensorial que vemos extenderse a nuestro alrededor no existiría para nosotros como tal. El hombre entraría en relación con el mundo circundante percibiéndolo todo como el murmullo de la voluntad activa, ondulante. No se sentiría pasivo frente al mundo, sino activo, como lo hace cuando extiende la mano. Es un hecho sumamente interesante que resulta de una verdadera observación superior de la entidad humana: que todo el mundo sensorial se basa en el hecho de que el cuerpo etéreo ha sido retirado de los órganos de los sentidos, y que en ellos se ha depositado algo que constituye un elemento puramente físico en nosotros.

En segundo lugar, analicemos la relación existente entre el cuerpo etéreo y el cuerpo astral. Nuevamente descubrimos que no se interpe-netran adecuadamente, sino que existe un predominio del cuerpo etéreo sobre el cuerpo astral en la naturaleza humana. Eso es fácil de descubrir por poco que se use la clarividencia. Si no existiera ese desequilibrio, el hombre, por ejemplo, nunca podría llorar. En el instante en que vemos a alguien llorando, segregando ese curioso fluido salino desde sus glándulas lagrimales, descubrimos que existe una actividad excesiva del cuerpo etéreo sobre el cuerpo astral. El hombre no puede imprimir plenamente en la vida de su cuerpo etéreo lo que vivencia astralmente, porque el cuerpo etéreo ejerce su preponderancia sobre el astral y ello se expresa en el hecho de que el etéreo repercute en el cuerpo físico haciéndole "exprimir" las lágrimas. Pero eso es lo que sucede con toda secreción glandular y todos los procesos de secreción del cuerpo humano. Todos ellos se basan en el predominio del cuerpo etéreo sobre el astral. Y esa preeminencia, ese equilibrio trastornado, se expresa en su reacción sobre el cuerpo físico que acaba provocando todas las secreciones glandulares. Si no fuera así, en la actividad glandular no se produciría una excreción, sino que la actividad del cuerpo astral, al identificarse con la del cuerpo etéreo, agotaría sus funciones con la movilidad y la actividad interior. Las glándulas no segregarían nada, ejercerían su acción en sí mismas, sin que se produjera una secreción de materia. Ya podrán darse cuenta, por la observación suprasensible, del enorme poder que ejerce la tentación luciférica. Si Lucifer no hubiera intervenido en la ordenación cósmica, nunca sudaríamos - y perdonen la expresión -, sino que la actividad y el movimiento que ahí tiene lugar acabarían en el interior del órgano correspondiente, nada saldría de la glándula. El segundo aspecto es, pues, que existe un predominio del cuerpo etéreo sobre el cuerpo astral.

Si deducimos la singular naturaleza de nuestro mundo sensorial del primer desequilibrio y decimos que la preponderancia del cuerpo físico sobre el etéreo provoca la peculiar forma de percibir nuestro mundo sensorio, habremos de decir que el predominio del cuerpo etéreo sobre el astral produce lo que podríamos llamar nuestra sensación emotiva de nosotros mismos. Porque la sensación global, la sensación de bienestar o malestar que el hombre tiene con respecto a su cuerpo, procede de esa primacía que tiene el cuerpo etéreo sobre el astral. Por consiguiente la sensación corpórea global es la expresión subjetiva de esa preponderancia.

Si hemos de seguir nuestro estudio no podemos hacerlo siguiendo un esquema. Si lo hiciéramos así, sería fácil y diríamos: "Está claro, nos ha construido un predominio del cuerpo físico sobre el etéreo, luego una preponderancia del cuerpo etéreo sobre el astral, el tercer paso habrá de ser un predominio del cuerpo astral sobre el yo". Así se elaboraría un esquema siguiendo razonamientos lógicos. Pero no es ese el camino. Suele suceder que cuando alguien nos comunica hechos suprasensibles y se quiere avanzar en ellos siguiendo un esquema, la realidad siempre acaba mostrándonos nuestra equivocación. No sirve seguir adelante con el intelecto; podemos hacerlo durante un trecho, pero pronto varía todo. En el tema que nos ocupa, el tercer elemento de desequilibrio nos lleva a un predominio inverso, una preponderancia del cuerpo astral sobre el cuerpo etéreo. Es decir, nuevamente una relación entre el astral y el etéreo, pero de tal manera que aquél predomina ahora sobre éste.

Esa preponderancia es incluso la más importante en lo que se refiere al estudio del hombre. Porque cuando observamos al hombre en el

sentido más material, se lo suele representar tal como sale en la mayoría de libros materialistas: un gigantesco aparato digestivo, un aparato que come y digiere, que construye su cuerpo a partir las sustancias ingeridas, sustancias que luego asimila de las más diversas maneras, distribuyéndolas después por los músculos, huesos, tendones, etc. Si observamos así al hombre y no tenemos en cuenta que percibe un mundo sensorial, que en una sensación corpórea global de sí mismo percibe ciertas secreciones glandulares, etc., si sólo lo concebimos por la mera ingestión de alimentos y por lo que sucede en las sustancias al ser ingeridas, elaboradas hasta llegar a la sangre que las transporta, descubriremos que ese proceso material es, a fin de cuentas, la expresión física del predominio del cuerpo astral sobre el cuerpo etéreo. Recordarán que cuando contemplamos espiritualmente el mundo descubrimos algo espiritual detrás de cada elemento sensorio. Lo sensorial en realidad no es más que la apariencia exterior. Las fuerzas espirituales que podemos ver tras de todos estos procesos de ingestión y asimilación de alimentos manifiestan la preeminencia del cuerpo astral sobre el etéreo. Lo que nos permite decir: Ese predominio del cuerpo astral sobre el etéreo se expresa en los procesos orgánicos normales en la medida en que son físicos, es decir, en los procesos vitales físico-orgánicos.

Como verán, acabamos de descubrir algo muy peculiar y les ruego que lo observen detenidamente. Hemos de tener claro que lo que el materialismo suele considerar como hombre entero, y que es una de las principales preocupaciones de la mayoría de personas, es decir, la ingestión de alimentos y el transporte de las sustancias a los diversos órganos del cuerpo, solamente es posible gracias a que, en su día, la tentación luciférica provocó ese desplazamiento del cuerpo astral haciendo que predominase sobre el etéreo. Dicho de otro modo, si no hubiera existido Lucifer al principio de la evolución humana y no hubiera provocado ese ensamblaje irregular del cuerpo astral y del etéreo, el hombre no comería, ni digeriría, ni asimilaría las sustancias como lo hace actualmente. Por consiguiente, lo que suele considerarse primordial en el hombre desde el punto de vista materialista, es una obra puramente luciférica, es el producto de un deslizamiento de los cuerpos astral y etéreo, de tal modo que el cuerpo astral ha recibido de Lucifer una cierta hiperactividad que le permite tener su hegemonía sobre el cuerpo etéreo. Eso se lo dio Lucifer, provocando que el hombre absorbiera alimentos densos. El hombre no estaba destinado a ingerir alimentos densos, iba encaminado a desarrollar un nivel y un tipo de existencia que no necesitaba nutrirse de sustancias densas.

Ese hecho nos manifiesta de forma espléndida que la tentación de Lucifer produjo lo que podemos llamar la expulsión del paraíso. Porque estar en el paraíso equivale a ser un ser espiritual sin tener la necesidad de ingerir alimentos físicos para asimilarlos luego en el interior. Lo que la mayoría de las personas con tendencia materialista considera el placer más exquisito equivale a la expulsión del paraíso. No es que los hombres hayan sido castigados a tener que alimentarse y asimilar los alimentos, sino que recibieron un doble castigo, porque lo que en los símbolos de la Biblia aparecía como la mayor pérdida, es decir, tener que salir del paraíso y nutrirse de alimentos físicos, se ha convertido para casi todo el mundo en el placer supremo. Los hombres han cambiado tanto que hasta la existencia fuera del paraíso se ha convertido en el máximo placer. No es habitual tener que esclarecer estas cosas, pero hay que hacerlo.

Finalmente llegamos a un cuarto desarreglo. Es la relación del yo con el cuerpo astral. La tentación luciférica provoca en ella un predominio del yo sobre el cuerpo astral. Veamos qué es lo que no tenemos: No tenemos un predominio del cuerpo astral sobre el yo. Simplemente no existe. Por tanto no se trata de construir eso siguiendo un esquema racional, sino de observar lo que sucede y saber que la relación entre el cuerpo astral y el etéreo es en dos direcciones, y que en el caso del astral y del yo existe solamente un predominio del yo sobre el astral. Ello implica que el yo no se comporta con el cuerpo astral como debería de hacerlo en su origen antes de que interviniera el influjo de Lucifer, sino que se ha hecho más egoísta, más "yoico", de lo que le corresponde. ¿Qué es lo que sucedió realmente con ese predominio? Antes de averiguarlo tendríamos que saber cómo debería haber sido la relación regular entre el yo y el cuerpo astral.

Solamente podemos reconocer esa relación ordenada si volvemos a recrearla. Porque en la situación en que hoy se encuentra el hombre en el mundo, es decir, sometido al influjo de Lucifer, la relación entre el yo y el cuerpo astral es irregular, preponderando el yo. El hombre es más "yoísta" de lo que tendría que ser - y perdonen la construcción de ese término, pero es la que más se correspondería. El hecho es que ya hemos mostrado cómo tendría que ser realmente el yo. Apreciamos justamente el comportamiento adecuado del yo cuando el hombre, al ejercer una autodisciplina sabia y paciente, hace suyas las actitudes que hemos llamado: asombro, sentimiento de reverencia ante lo investigado, sentimiento de sabia consonancia con los fenómenos del mundo, y entrega. La relación que entonces establece el yo con el cuerpo astral genera la impresión de que sólo entonces está el yo situado adecuadamente, y que ha hecho retroceder lo que había penetrado en nosotros con el influjo luciférico. Sólo podemos restablecer la relación original cuando hemos desarrollado la última etapa de las cuatro actitudes anímicas mencionadas. ¿Y cómo se sitúa entonces el yo con respecto al cuerpo astral? Podemos descubrir lo que ahí es característico si estudiamos con especial atención ciertos capítulos de mi libro "¿Cómo se alcanza el Conocimiento de los Mundos Superiores?": En el estado en que se halla actualmente el hombre siempre está entrelazado interiormente con su pensar, sentir y querer. Será difícil encontrar un estado en nuestra conciencia exterior donde el hombre se halle solamente en su yo, donde no esté entrelazado con pensar, sentir y querer. Intenten Vds. mismos captar el pensamiento puro del yo. Nuestros amigos antroposóficos acaban jadeando cuando se esfuerzan en captar la idea pura del yo, cada vez que el Sr. Unger les pide que intenten pensar realmente en ese pensamiento puro del yo, sin que se entremezclen pensar, sentir y querer. Simplemente se quedan sin aliento, como se dice popularmente. Comprobarán con ello cuan difícil es llegar a ese yo sólo como pensamiento, para no hablar ya de extraerlo de esas envolturas del pensar, sentir y querer. Cuando el hombre se halla en su estado anímico habitual, las expresiones de su pensar, sentir y querer atraviesan el alma, y también lo hacen los apetitos. Nunca se halla separado de sus pensamientos, sentimientos e impulsos volitivos. Pero lo que se consigue con el desarrollo de los cuatro estados anímicos mencionados es precisamente la capacidad de situarse fuera del pensar, sentir y querer y poderlos ver como si estuvieran fuera de nosotros. Nuestros pensamientos han de hacérsenos tan neutrales como los objetos exteriores, cuando ya no decimos: pienso, cuando nuestro pensar se nos presenta como si fuera un proceso que tiene lugar por sí mismo y que no nos afecta. Lo mismo ha de suceder con el sentir y el querer. Todo el que reflexione un poco sobre sus propias peculiaridades anímicas habrá de decirse: "algo así tendríamos que imaginarnos como ideal, como un ideal alcanzable". Pero el hombre se halla tan entremezclado con su pensar, sentir y querer, que le cuesta muchísimo salirse de ello e ir por el mundo diciéndose: "Recorro el mundo y junto a mí va un compañero que parece colgar de mí, porque ha crecido conmigo, pero que se me aparece como una especie de doble. Él piensa, siente, quiere, junto a mí. Pero yo soy otra cosa; yo soy lo que soy en mi yo; y voy junto a una especie de tríada, como si fueran tres sacos que llevo adheridos, uno de los cuales contiene mi pensar, el otro mi sentir y el otro mi voluntad". Pero antes de que uno llegue a la realización de esa "teoría de los tres sacos", es muy difícil hacerse una idea correcta de la confrontación del yo con el pensar, sentir y querer, de acuerdo con las intenciones de los seres divinos antes de que se acercara la influencia luciférica. El hombre estaba destinado a verse a sí mismo y no a vivenciarse dentro de sí mismo.

Entonces ¿en qué consistió la verdadera tentación? Digámoslo de la manera más trivial y haciendo una especie de traducción: la tentación consistió en que Lucifer se acercó a ese yo humano, que el hombre tendría que haber mantenido en su pureza junto al cuerpo astral recibido en la antigua Luna, y le dijo: "Mira, qué aburrido es moverte con ese único punto central del 'yo soy' y limitarte a mirar todo el resto. Es más interesante que te sumerjas en tu cuerpo astral y no permanecerás tan solo con tu yo mirando siempre a tu doble, sino que te sumergirás en él. Y lo que te sucederá cuando penetres en tu cuerpo astral, que podría darte una sensación de ahogo, lo sustituiré dándote algo de mi propio poder". Y el yo se sumergió; y para evitar que se ahogara recibió la energía luciférica, que consiste en un poder excesivo del yo sobre el cuerpo astral, en una hiperindividualización que en realidad es algo de índole luciférica.

¿Y cómo se nos presenta realmente esa situación en la vida? Ese impulso luciférico, ese excesivo impulso del yo, comienza manifestándosenos por el hecho de que estamos mezclados con nuestros pensamientos, sentimientos y voliciones: primero con nuestros pensamientos, porque si Lucifer no se hubiera acercado con ello, el hombre - y perdónenme si la expresión puede parecer descabellada para el mundo exterior -nunca habría llegado a la fatal idea de que posee raciocinio, de que genera pensamientos en su interior; sino que habría sabido que los pensamientos se hallan fuera de él, y que él tiene que contemplar el pensar. El hombre siempre hubiera contado con que el pensamiento le vendría dado, hubiera esperado hasta que se le revelara lo que el pensar mismo quiere decir. Eso lo expresé ya en mi Filosofía de la Libertad. Al hombre nunca se le hubiera ocurrido: "Has de combinar los pensamientos, has de emitir juicios en tu interior". Ese enjuiciamiento dentro de uno mismo, independiente de toda revelación, es un ente luciférico dentro de nosotros. Por consiguiente, todo nuestro raciocinio, en la medida en que el hombre lo considera propiedad suya, es realmente un error; la tentación luciférica ha introducido en el hombre la idea de que posee raciocinio. Ahora comprenderán que la razón ha surgido a causa de un desplazamiento, y que ella de ningún modo puede considerarse decisoria para la captación humana de la realidad.

En Karlsruhe" señalé que quien se apoye en su razón creerá perfectamente normal decir: "Si quiero comprender la resurrección que tuvo lugar en el Misterio del Gólgota he de omitir la razón. Porque todo lo que ella dice contradice la resurrección". Eso es lo que dice el teólogo liberal del siglo 19. Pero ¿cómo va a esperar que el Misterio del Gólgota, que no es un acto enmarañado en lo luciférico, que se halla fuera de la esfera de Lucifer, y que vino para vencerla, sea comprendido con el don de Lucifer, es decir, con su propia razón? Es evidente que nunca se comprenderán estas cosas con la propia razón. Porque ella es un don de Lucifer y no está capacitada para captar las cosas que no tienen nada que ver con la acción de éste. Esa es la raíz del asunto. Si el Misterio del Gólgota fuera comprensible con el raciocinio humano, entonces, mis queridos amigos, no habría sido necesario que hubiera sucedido. Porque su objetivo es compensar el desplazamiento que se produjo con la intervención luciférica, es decir, sanar al hombre de esa especial desmesura, de ese especial orgullo de la razón que se manifiesta en el hecho de que todo quiere comprenderlo con su razón. Aquí podemos entender porqué la razón está limitada. Yo siempre me opuse a la aseveración de que el conocimiento tiene fronteras, pero la razón como tal sí las tiene.

Si observamos la tabla (figura 2) podemos reconocer de dónde provino en realidad el desorden original. ¿Cuál debió ser el primer desorden que introdujo la tentación luciférica? Obviamente el que llamamos predominio del yo sobre el cuerpo astral.

Todo el influjo luciférico partió del hecho de que al yo se le insufló el poder de Lucifer, entremezclándose de manera impura con el pensar, sentir y querer que ejerció el sobrepeso luciférico sobre el cuerpo astral. Lo que hizo a su vez que el cuerpo astral predominara sobre el cuerpo etéreo. Con ello se había introducido un trastorno en el equilibrio humano. Es como si la influencia luciférica hubiera asestado un golpe sobre el cuerpo astral que a su vez repercutiría sobre el etéreo. Pero la cosa no sigue adelante, el cuerpo etéreo no hace lo mismo con el cuerpo físico. Es como si diéramos un golpe a una pelota elástica: con el golpe la hundiríamos hasta un cierto punto y luego volvería elásticamente a recuperar su forma original. Podemos hablar de un exceso de cuerpo astral sobre el etéreo y entonces la cosa se invierte, el cuerpo etéreo responde al cuerpo astral con ímpetu renovado, como si fuera un muelle, reacciona con la misma fuerza. Es el predominio inverso, en este caso el que expresamos con el 2. Luego le sigue la preponderancia del cuerpo físico sobre el etéreo, estos dos devuelven el golpe. ¿Y por qué? Porque si Lucifer golpea desde aquí, desde el otro lado reacciona Ahriman en los cuerpos físico y etéreo. Ello hace que en el centro, a medio camino entre las dos direcciones, Lucifer y Ahriman colisionen entre sí. Ahí se encuentran. Existe en el hombre un punto intermedio donde Lucifer y Ahriman entran en contacto dentro de él. Y ahí el hombre tiene la oportunidad, ya sea de inclinarse por Lucifer y penetrar en el cuerpo etéreo con el cuerpo astral más de lo recomendable, o de

acoger la fuerza de choque de Ahriman y hacer que el cuerpo etéreo penetre en el cuerpo astral más de lo que se sería correcto o regular. En nosotros mismos se efectúan los efectos de esas fuerzas.

El paso siguiente consistirá en hacernos conscientes de que por todas partes nos encontramos con la acción de ciertos dinamismos. Con excepción del efecto producido por el predominio del cuerpo astral sobre el etéreo, donde hemos visto la ingestión y la asimilación de las sustancias alimenticias, en ninguna parte se nos ha presentado ningún efecto material. Se nos presenta ahora la necesidad de investigar, desde el punto de vista oculto, cuál es la esencia de la materia, qué es la sustancia material. Con esa cuestión empezaremos mañana nuestra exposición.

CUARTA CONFERENCIA
Hannover, 30 de diciembre de 1911

Lo que habitualmente llamamos materia en realidad es algo que el hombre sólo puede captar con representaciones relativamente difíciles. Y si en un sentido suprasensible queremos esclarecernos sobre la esencia de lo material, del mundo de la sustancia, hemos de empezar preguntándonos: "¿Qué es lo que podríamos destacar en lo que normalmente llamamos materia?" Si de una manera desprejuiciada nos ponemos manos a la obra, habremos de constatar que el rasgo fundamental de todo lo material es el hecho de que llena el espacio, su extensión espacial. Si algo se nos hace presente en el alma misma, digamos, un sentimiento o un impulso volitivo, a nadie se le ocurrirá decir que la voluntad, el pensamiento o el sentimiento ocupan el espacio. Todos entenderemos que es absurdo afirmar que un pensamiento cualquiera - supongamos el pensamiento de un héroe - sea cinco metros cuadrados más grande que el pensamiento de una persona común, ¿no es cierto? Si queremos reflexionar al respecto, pronto descubriremos que no podemos aplicar la ocupación del espacio, la extensión espacial, a lo que son realmente nuestros estados y procesos anímicos.

Podría decirse que existe otra característica propia de la materia: y es que la materia ha de tener un peso, y sin embargo no es tan sencillo afirmar que posea esa propiedad, como ya veremos en el curso de las conferencias. Porque con sólo situarnos ante el mundo como meros observadores, no podemos notar que todas las cosas tengan peso, mientras que el hecho de que llenan el espacio y se extienden en él será siempre algo evidente.

Sabemos, por otra parte, que esa extensión puede tenerse en cuenta en tres dimensiones: altura, anchura y profundidad, o longitud, sea como sea que las llamemos. Es una verdad general y hasta trivial que las cosas se extienden en el espacio de acuerdo con tres dimensiones, ¿no es así?. Por consiguiente, la característica principal de lo material sería su extensión por las tres dimensiones espaciales. Quien reflexione sobre el hecho de que los contenidos del alma no llenan el espacio, admitirá que existen cosas que no ocupan espacio como lo hace la sustancia o la materia. Porque entre las observaciones que podemos hacer en el mundo físico una de ellas consiste en que no existen procesos, estados o vivencias del alma extendidos espacialmente.

Si ahora observamos abiertamente las vivencias anímicas tal como lo hacemos con las vivencias materiales en el espacio, pronto descubriremos otra propiedad de las experiencias del alma sin la cual éstas no podrían existir, y es que esas vivencias transcurren el en tiempo. Y aunque no podemos decir que un sentimiento, o un impulso volitivo tiene cinco metros de largo o se extiende a cinco metros cuadrados, sí podremos afirmar que lo que sentimos o pensamos, en la medida en que sea vivencia anímica, transcurre en el tiempo, y que no sólo necesitamos cierto tiempo para vivenciar esas cosas, sino también que una aparece antes y otra después; en pocas palabras, que lo que vivenciamos en el alma se halla sujeto al tiempo.

Ahora bien, en nuestra realidad, en todo lo que nos rodea y en lo que somos nosotros mismos, se entremezclan condiciones espaciales y temporales. En el mundo exterior las cosas se hallan extendidas en el espacio y transcurren una detrás de otra en el tiempo, requieren una cierta duración para manifestarse. Antes de que entremos en las verdades suprasensibles nos surgirá la pregunta: ¿Cómo se relaciona el espacio con el tiempo? Podríamos decir que, en este asunto, y en un ciclo de conferencias antroposóficas, estamos tocando de una manera muy inocente un interrogante que ha recorrido el mundo como cuestión filosófica de gran envergadura, una cuestión sobre la que muchos se han roto la cabeza, si se me permite decirlo en imágenes: la relación entre el tiempo y el espacio. Quizás no les sea fácil a Vds., que se acercan a este tema con plena inocencia, seguir las ideas que se han hecho al respecto, porque la mayoría de los oyentes no ha tenido una especial formación filosófica previa. Pero si se esfuerzan en seguirlas descubrirán cuan fértiles son esas ideas y cómo pueden hacerlas avanzar si las trabajan en la meditación.

Es bueno que empecemos por el tiempo que vivenciamos en nuestra propia alma. Preguntémonos cómo experimentamos el tiempo en nuestro propio interior. Quiero resaltar por otro lado que no tengamos en cuenta

el tiempo tal como lo vemos en el reloj; porque en él no hacemos más que comparar nuestra vida interior con procesos exteriores. Evitemos pues el cálculo cronológico mirándolo en el reloj o utilizando otros procesos exteriores. Simplemente intentemos preguntarnos tal como la pregunta puede plantearse en el alma: "¿Hasta qué punto se manifiesta la condición temporal en el alma propia?". Por muy hondamente que reflexionemos o planteemos la pregunta, solamente podremos tomar como elemento para medir el tiempo el hecho de que sólo captamos una idea cuando nos hemos dejado estimular por una percepción exterior. Vemos u oímos algo y acto seguido surge en el alma un pensamiento o una representación. Y si nos preguntamos cómo nos relacionamos nosotros mismos con esa representación o esa idea, habremos de decirnos: "Mientras tenemos el pensamiento nosotros mismos somos el pensamiento". Si reflexionamos, aunque sea una sola vez, sobre ese hecho, tendremos que decir: "Mientras el pensamiento nos reclama, nosotros mismos en nuestro ser más íntimo somos ese pensamiento". Sería un mero prejuicio considerar que junto a ese pensamiento tenemos la representación del "yo soy" o algo parecido. El "yo soy" no está ahí mientras estemos entregados al pensamiento. Si queremos ser algo más además del pensamiento que tenemos, hemos de realizar determinada ejercitación.

Al principio, el hombre emerge en los pensamientos o sentimientos que nos vienen dados de forma directa. Pero supongamos que este trozo de tiza nos estimula a generar un pensamiento. Si dejamos de lado todo lo demás, si nos entregamos a la representación "tiza" a la que nos ha estimulado la percepción, nuestro propio ser se identifica con la idea de la tiza, se hace uno con ella. Pero si hemos captado esa representación ahora y resulta que ayer también vimos una tiza, comparamos lo que nos viene dado directamente como idea de la tiza con lo que ayer experimentamos como tiza. Y si tenemos en cuenta el pensamiento de que nos identificamos directamente con la tiza de hoy, descubriremos que no podemos identificarnos del mismo modo con la tiza de ayer. La de ayer ha permanecido como representación recordativa. Y si realmente nos hemos identificado con la representación de la tiza de ahora, la de ayer se ha convertido en algo exterior dentro de nosotros. Es decir, la tiza actual es nuestra interioridad realmente actual. Y aunque podamos volverla a contemplar, nuestra representación recordativa, el recuerdo que tenemos de la tiza de ayer, en comparación con la representación de hoy, es algo exterior a nosotros. Lo mismo sucede con todo lo que hemos vivenciado en el alma, con excepción del momento actual. El instante presente es, por el momento, nuestra propia interioridad. Todo lo que hemos experimentado, lo hemos apartado ya, se halla ya fuera de nuestro interior propiamente dicho. Y si queremos hacernos una imagen de ello, podemos imaginarnos que el momento presente con las representaciones que estamos teniendo es una serpiente, y que lo que hemos expulsado de nosotros es la piel de la serpiente. E igual como la serpiente se quita una piel tras otra, dejándolas tras de sí, del mismo modo las representaciones que hemos ido teniendo las hemos ido dejando atrás, y se han convertido en algo exterior con respecto a nuestro propia interioridad actual. Dicho de otro modo: en la medida en que recordamos, hemos convertido algo interior en exterior, porque la representación de la tiza que ahora tenemos, la convertimos en algo exterior en el momento siguiente, cuando pasamos a hacernos otra representación. Es decir, estamos trabajando en una constante exteriorización. Constantemente estamos creando algo interior y lo estamos convirtiendo en algo exterior que dejamos como si fuera una piel. La vida anímica consiste en que lo interior constantemente se convierte en exterior, de tal modo que en nuestra interioridad, en ese proceso espiritual interno, podemos distinguir entre el interior propiamente dicho y el exterior dentro del interior. Nosotros hemos permanecido en el interior, pero en él hemos de distinguir dos partes: la que corresponde a nuestro propio interior y la que se refiere a nuestro interior convertido en exterior.

Como verán, ese proceso que hemos visto realizarse al exteriorizarse lo interior constituye el contenido de nuestra vida anímica. Porque si volvemos a reflexionar sobre ello, veremos que podemos llamar nuestra "alma" a todo lo que hemos vivenciado desde el momento en que somos capaces de recordar en nuestra más temprana infancia. Una persona que olvidara todo lo que ha vivido habría perdido su yo. Por consiguiente, la realidad de nuestra vida anímica consiste en esa posibilidad de dejar detrás de nosotros los recuerdos y aún así de retenerlos como si fueran pieles que nos hemos ido quitando constantemente.

Ahora bien, podemos imaginarnos esa realidad de la vida anímica configurada de las formas más diversas. Conviene prestar atención al hecho de que en cada instante la vida anímica está configurada de manera distinta. Supongamos que salimos al exterior en una bella noche estrellada, o que estamos escuchando una sinfonía de Beethoven; en el momento en que estamos en ello hemos identificado con nuestro interior una amplia región de la vida anímica. Supongamos que de esa brillante noche estrellada, entramos en una oscura y pobre habitación, y entonces es como si nuestra vida anímica de repente se encogiera, hay muy pocas representaciones en ese momento. O si la sinfonía deja de sonar, entonces nos hemos encogido con respecto a las representaciones acústicas, y cuando nos dormimos es como si nuestra vida anímica se encogiera del todo, hasta el momento en que vuelve a esponjarse con el despertar. Tenemos por tanto una incesante conformación de la vida anímica. Y si ahora quisiéramos dibujar ese hecho - no olvidemos que ello no es más que un símbolo, porque hemos de dibujar en el espacio el tiempo que de por sí no es espacial - podríamos dibujarlo de múltiples maneras.

En la posición (a) de la figura el alma estaría encogida, mientras que en las posiciones (b) se habría desplegado. Hemos de imaginárnoslo de las más diversas maneras, de modo que lo que representamos con la letra ® sería siempre el contenido de la vida anímica. Como verán, este símbolo tendría que mostrarnos de forma visible algo que de por sí es invisible, es decir, la expansión y la contracción de la vida del alma. Una vida anímica que escucha una sinfonía es más rica que la que oye un simple golpe. Podemos decir, por tanto, que esa vida anímica se ensancha y se contrae, siempre y cuando no mezclemos conceptos espaciales en dicha imagen. Durante esa dilatación y contracción nos hallamos con un movimiento espiritual interior. ¡Movimiento!, la vida anímica es movimiento.

Ahora bien, hemos de imaginarnos el movimiento no en el sentido espacial sino tal como lo hemos descrito. Ese hincharse y encogerse provoca formas, de modo que tenemos movimiento y lo expresamos en determinadas formaciones y estructuras. ¡Y aún así todo ello sin formas espaciales! sino formas de la vida anímica que se dilata y se contrae. ¿Qué es lo que vive en ese doble proceso? Nos iremos acercando a la realidad si reflexionamos un poco en lo que palpita ahí dentro: Allí viven nuestras sensaciones, pensamientos, impulsos volitivos, en la medida que son algo espiritual. Es como el agua que flota y se mueve generando formas, pero todo ello de índole espiritual. Nos hace falta tan sólo una idea para impregnarlo todo. Dijimos que ahí en nuestro interior viven pensamientos, representaciones, sentimientos e impulsos volitivos. Los impulsos de la voluntad en cierto sentido son algo aún más fundamental que los pensamientos mismos, porque si tenemos en cuenta que esa vida anímica puede agitarse en movimientos más lentos o más rápidos, es que estamos sintiendo en nuestro interior que en realidad es la voluntad quien lo pone todo en movimiento. Cuando estimulan la voluntad podemos acelerar el flujo de los pensamientos y sentimientos; si la voluntad es lenta y pesada, todo transcurre mucho más lentamente. Necesitamos la voluntad para ampliar esa vida anímica. Por consiguiente, en nuestro interior tenemos la secuencia que comienza con la voluntad, y luego lo que vive en sentimientos y representaciones, y lo que dentro de nuestra vida anímica es expresión de la sabiduría; luego tenemos el movimiento, la dilatación y la contracción; después tenemos la generación de formas que se presenta como expresión del movimiento. En nuestra vida anímica podemos distinguir claramente entre voluntad, sabiduría, movimiento y forma. Todo ello vive y teje ahí dentro en la vida del alma.

Es una lástima que no podamos ampliar este ciclo a un mes, porque entonces podríamos hablar con mayores pormenores y veríamos que está perfectamente fundado el que en nuestra propia vida anímica transcurre lo que toma sus raíces en la voluntad y que contiene sabiduría, movimiento y forma. ¿Y qué vemos ahí? Que la secuencia que estamos describiendo para la vida anímica misteriosamente coincide con los nombres de las sucesivas Jerarquías: desde los Espíritus de la Voluntad, de la Sabiduría, del Movimiento hasta los Espíritus de la Forma. En cierto sentido, al describir nuestra propia vida anímica de esta manera hemos rozado de cerca a las Jerarquías, hemos vislumbrado algo de ellas ahí dentro en nuestra propia vida anímica interior donde se manifiestan de una manera muy peculiar mostrando su actividad de una manera no espacial. Si eso fuera todo, por lo menos habríamos logrado algo importante al decir: hemos empezado a representarnos una de las propiedades más importantes de esas cuatro Jerarquías - los Espíritus de la Voluntad, de la Sabiduría, del Movimiento y de la Forma - y es el hecho de que no son espaciales. Y que por tanto al hablar de "forma" estamos refiriéndonos a una formación no espacial que actúa de modo anímico-espiritual. Eso es fundamental. Por consiguiente, cuando hablamos de las formas que crean los Espíritus de la Forma, no se trata de estructuras espaciales exteriores, sino de las formaciones interiores que en realidad sólo se nos presentan a la conciencia interiormente y que somos capaces de captar en el curso de nuestra vida anímica. Ahí transcurre todo simplemente en el tiempo, pues sin él seríamos incapaces de concebir todo esto. Si hemos de mantenernos en la vida anímica hemos de representarnos todo ello fuera del espacio.

Si los Espíritus de la Voluntad empezaron a actuar en antiguo Saturno, los Espíritus de la Sabiduría emprendieron el impulso del antiguo Sol, los Espíritus del Movimiento llevaron la iniciativa en antigua Luna y los Espíritus de la Forma lo han hecho en la Tierra; al considerar únicamente la índole interior de los Espíritus de la Forma, tendríamos que decirnos: Los Elohim han creado al hombre en la Tierra dándole una forma todavía invisible. Eso coincide perfectamente con lo que dijimos ayer. En los inicios de la Tierra, los Espíritus de la Forma le dieron al hombre formas invisibles no espaciales. Hemos de tener en cuenta en un principio que todos los objetos exteriores con que nos encontramos, todo lo que percibimos en el mundo exterior con nuestros sentidos, en realidad no es más que la expresión externa de algo espiritual interior. Y detrás de todas las cosas exteriores materiales que se extienden en el espacio hemos de buscar algo muy parecido a lo que vive en nuestra propia alma, si bien ese aspecto no se nos muestra a los sentidos exteriores, sino que se halla detrás de lo que éstos nos presentan.

¿Cómo imaginarnos una actividad que trascienda a los Espíritus de la Forma, que vaya más allá de lo que ellos crean como forma todavía no espacial? O dicho de otro modo: Si esa actividad de voluntad, sabiduría, movimiento y forma sigue adelante más allá de la forma, ¿qué es lo que sucede? Cuando un proceso en el universo ha avanzado hasta llegar a convertirse en forma, en una forma que es todavía de índole anímico-espiritual y que por tanto no se extiende en el espacio, cuando el proceso ha llegado hasta esa forma suprasensible, el único avance posible consiste en que esa forma como tal se rompa. Y eso es literalmente lo que se presenta a la mirada suprasensible: cuando ciertas formas que han sido creadas bajo la influencia de los Espíritus de la Forma se desarrollan hasta un cierto punto, empiezan a quebrarse. Y si observamos esas formas fragmentadas, resultado de la quiebra de formas suprasensibles, nos encontraremos con la transición de lo suprasensible a lo sensible espacial. Y la forma resquebrajada es lo que llamamos materia. Tal como emerge en el cosmos, para el investigador espiritual, la materia no es otra cosa que forma resquebrajada, rota, forma que ha reventado. Si pudiéramos imaginarnos esta tiza como algo invisible con esta especial forma de paralelepípedo y al tomar un martillo la deshiciéramos de un golpe, partiéndola en múltiples fragmentos, habríamos desintegrado su forma. Imaginemos que en el momento en que deshacemos la forma lo invisible se hiciera visible, tendríamos entonces una imagen de cómo surge la materia. La materia es el espíritu que se ha desarrollado hasta la forma y que ha explotado, se ha roto en mil pedazos, se ha desintegrado.

La materia es el espíritu convertido en un montón de escombros. Es enormemente importante que nos hagamos esa definición de que la materia es el espíritu hecho ruinas. Porque en realidad, la materia es

espíritu, pero espíritu quebrado. Si reflexionan sobre ello, se dirán: De acuerdo, ¡pero tenemos ante nosotros hermosísimas formas espaciales como son por ejemplo los cristales, y Vd. dice que todo lo material es un montón de ruinas del espíritu, espíritu que ha estallado! Imaginemos el haz acuoso de una cascada (a), pero representémonoslo como si fuera invisible, es decir, que no fuéramos capaces de verlo. Pongámosle aquí (b) una resistencia. Al chocar la cascada en este punto (b) estalla en miles de gotas (c). Supongamos que la cascada que se precipita hacia abajo fuera invisible, y que lo que ahí se ha fragmentado y deshecho se hiciera visible. En este punto tendríamos un chorro de agua hecho pedazos, tendríamos una imagen de lo que es la materia. Solamente tendríamos que borrar de nuestra imagen el objeto que ofrece resistencia ahí abajo porque en realidad no existe, y eso implicaría que ahí tenemos materia. Hemos de imaginarlo: sin que exista esa resistencia, la materia es suprasensible en la medida en que se va convirtiendo en forma, se halla en movimiento, porque el movimiento precede a la forma. En ninguna parte existe nada que no se halle impregnado por los actos de los Espíritus del Movimiento. En un momento determinado, el movimiento llega a convertirse en forma, se detiene en sí mismo y estalla. Lo importante es que pensemos que lo que al principio irradia como algo anímico-espiritual pero posee sólo un cierto empuje, acaba agotando ese ímpetu propio, rebota sobre sí mismo y estalla. De modo que dondequiera que veamos surgir la materia podemos decir: Algo suprasensible subyace en esta materia, algo que ha llegado al límite de su actividad y que se ha roto en esa frontera. Pero antes de deshacerse poseía formas espirituales interiores. Y en los fragmentos esparcidos por esa explosión sigue obrando lo que hasta entonces existía como forma espiritual. Si esa acción es intensa, en el estallido se prolongan las líneas de la forma espiritual y ello se expresa en las líneas que luego veremos en los cristales, porque éstos son reproducción de formas espirituales que, por su propio ímpetu, siguen manteniendo su orientación original, si bien en el sentido contrario.

Lo que les he dibujado aquí es casi exactamente lo que se presenta en la observación suprasensible cuando se contempla el hidrógeno, un elemento que se manifiesta como si fuera una especie de rayo que se precipita desde la infinitud, se inmoviliza en sí mismo y acaba rompiéndose en pedazos con la diferencia de que aquí tendríamos que dibujarlo del modo siguiente:

Es como si las líneas se excedieran aquí y mantuvieran así su forma. De modo que una partícula de hidrógeno se presentaría como si tuviéramos ante nosotros un rayo invisible que parece proceder de infinitas vastedades del espacio y que acaba quebrándose como igura un rayo que se desparrama en forma de chispas. En pocas palabras, por doquier la materia no es otra cosa que espíritu pulverizado. En realidad la materia es espíritu, pero espíritu en estado de resquebrajamiento.

Y ahora he de presentarles una idea difícil relacionada con lo que dije al principio. En aquel momento mencioné que en nuestro interior anímico-espiritual se podían distinguir un aspecto interior y otro exterior. Ahora bien, las dimensiones del espacio en realidad están constituidas también por estos antagonismos polares, de tal manera que allí donde tengamos una dimensión espacial podemos concebirla como partiendo de un punto; ese es su aspecto interior, y todo el resto es el exterior. Para el plano (la superficie plana) la línea recta es algo interior y todo el resto le es algo externo, y así sucesivamente. De modo que el espacio es algo que se genera acompañando al proceso realizado por el espíritu cuando estalla y se transfiere a la existencia material.

Ahora bien, es sumamente importante tener en cuenta lo siguiente. Supongamos que esa desintegración del espíritu, convirtiéndose en algo material, sucede de tal modo que dicho resquebrajamiento no se encuentra con ninguna materia que le ofrezca resistencia exterior. Supongamos que esa deflagración sucede en el vacío. Cuando el espíritu se hace pedazos derramándose en el vacío, surge materia mineral. Ello implica que el espíritu ha de acabar rompiéndose en sí mismo a partir del espíritu y el resultado de ello es el nacimiento de materia mineral. Pero supongamos, por otra parte, que eso no sucede en el cosmos de forma tan virginal, sino que el espíritu que estalla y se desparrama se encuentra con un mundo que estaba ya preparado, de tal modo que no se despliega introduciéndose en el vacío, sino en una corporalidad etérea ya

existente. Cuando se proyecta en el vacío virginal surge materia mineral. Pero si esa espiritualidad hecha pedazos se derrama en el interior de un cuerpo etéreo surge entonces materia vegetal.

Ayer, sin embargo, nos encontramos con una peculiar sustancia etérea. Recuerden lo que dibujé en la pizarra (figura 2): ahí teníamos un cuerpo etéreo que ejercía su predominio sobre el cuerpo astral y dijimos que eso se debe al influjo que ejerció Lucifer sobre el hombre. Pero no nos encontramos solamente con sustancia etérea imponiéndose sobre la astral, sino también con corporalidad física que dominaba el cuerpo etéreo. Eso fue incluso lo primero que averiguamos ¿no es cierto? Resumamos, pues, solamente lo que surgió a causa de la influencia luciférica: esa peculiar interacción en un organismo humano mal ensamblado. Allí donde el cuerpo físico se reúne con el etéreo y este último se ve distorsionado por el predominio del cuerpo físico, el espíritu no se limita a desintegrarse y desparramarse por la sustancia etérea, sino que lo hace en una corporalidad que, aun siendo etérea, sufre el influjo excesivo de lo físico. Y cuando el espíritu estalla y se derrama en una sustancia preparada de ese modo, engendra sustancia nerviosa, materia nerviosa.

Tenemos así tres grados de sustancia: en primer lugar, la materia ordinaria (mineral), que encontramos ahí fuera en el mundo sensorial, luego la sustancialidad que descubrimos en los cuerpos vegetales, y finalmente la sustancia que hallamos en el cuerpo humano y en el animal a causa de ciertas irregularidades. ¡Imagínense todo lo que tendríamos que hacer si quisiéramos enumerar las diversas condiciones en las que aparecen las múltiples sustancias del mundo! Ayer vimos algunas irregularidades generadas por el influjo luciférico y cómo lo etéreo puede imponerse excesivamente a lo astral. Si después de quebrarse el espíritu se esparce por un cuerpo astral dominado por el etéreo, surge entonces la sustancia muscular. Por ello, la sustancia nerviosa y la muscular tienen esa peculiar apariencia imposible de comparar con todo lo demás que veamos ahí fuera, porque han surgido de un modo bien complejo. Podemos imaginarnos esas diferencias si esparcimos metal fundido por el aire, o lo hacemos en el agua y hasta si lo vertiéramos sobre materia sólida: de modo parecido surgen los diversos tipos de materia. Lo más importante que hoy quería transmitirles era mostrarles hasta qué profundidades hemos de descender si realmente queremos descubrir el trasfondo de estas cosas. Si dejamos que el espíritu se pulverice en el siguiente aspecto material irregular, es decir, allí donde el yo ejerce su predominio excesivo sobre el cuerpo astral inyectándole su egoísmo, surge la materia ósea, aunque sea dando ciertos rodeos. Como ven, en lo esencial, todo depende del cómo la materia se pulveriza y se desmorona al surgir del espíritu. Retengan todo esto, aunque todavía no puedan seguirlo en todos sus pormenores. Habrán captado el sentido de todo ello considerando la materia como espíritu que estalla y se esparce y que algo viene al encuentro de él. Y según sea eso con lo que se encuentra irán surgiendo los diversos tipos de materia: sustancia nerviosa, muscular, vegetal, ósea, etc.

Surge así una pregunta: ¿Qué es lo que habría sucedido en este aspecto con el hombre si no se hubiera producido el influjo luciférico? Ayer ya vimos de diversas maneras qué habría sido del ser humano, pero la pregunta de hoy se refiere a este aspecto material. El hombre no habría llegado a tener los nervios que hoy tiene, pues, materialmente hablando, esos nervios surgen porque existe dicha conexión irregular. Lo mismo habría sucedido con los huesos y los músculos, si no hubiera estado presente el influjo luciférico. Resumiendo, vemos surgir diversas modalidades de materia por el hecho de que formas espirituales se derraman en el interior de algo que sólo existe a causa de la influencia luciférica. Sin la intervención de Lucifer no habrían podido surgir las sustancias nerviosas, musculares, óseas, etc. Y por eso hemos de decir con mucha mayor intensidad que ayer: ¿Qué es el hombre íntegro como ser material? Tal como se nos presenta exteriormente, el hombre es simplemente resultado de la influencia luciférica. Porque sin ésta no tendría músculos, ni nervios, ni huesos. El materialismo se limita a describir lo que Lucifer hizo del hombre y se convierte así en discípulo de Lucifer negando todo el resto.

¿Cómo sería, pues, el hombre si hubiera permanecido en el estado que poseía en el Paraíso? Hoy me limitaré a hacerles un breve y fugaz esbozo de ello, para que mañana podamos partir con ideas un poco más familiares. Si esa influencia no se hubiera producido, en la evolución humana sobre la Tierra habría existido el resultado de la influencia de los Espíritus de la Forma, porque ellos fueron los últimos de entre las

Jerarquías en actuar sobre el hombre. Ellos crearon al principio sólo una forma puramente suprasensible y no espacial. Si me permiten expresarlo hoy de una manera meramente esquemática, estaríamos ante una forma que ni los ojos ni ningún órgano sensorial podrían percibir, porque las formas puramente anímicas no pueden percibirse con sentidos exteriores. Lo que tendríamos coincidiría con lo que en mi libro ¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores? describo como percepciones del Conocimiento Imaginativo. Lo que los Espíritus de la Forma habrían creado hubieran sido Imaginaciones, no sensoriales sino suprasensibles.

Supongamos de una manera muy sinóptica que lo que existiría entonces (ver figura 6, punto 1) sería una figura suprasensible de lo que crearon los Espíritus de la Forma como Imaginación y ello se vería impregnado de todo lo que permanecía en el hombre como creación de las Jerarquías anteriores: por un lado, de la movilidad interior que le dieron al hombre los Espíritus del Movimiento (figura 6 punto 2) que se nos presentaría en forma de percepciones del Conocimiento Inspirado, tal como lo describo en mi libro ¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?, porque esos movimientos serían reconocibles únicamente como Inspiraciones. Es decir, el hombre estaría hecho de Imaginación y del movimiento que se revelaría como Inspiración. Por otro lado, estaría hecho también de lo que le otorgan los Espíritus de la Sabiduría, es decir, de Intuición; y todo ello de algún modo estaría henchido de contenidos de índole ontológica, con entidad propia. Tendríamos que situar aquí (figura 6 punto 3) Intuición, es decir, la presencia inmediata de entidades. Finalmente veríamos surgir todo el conjunto desde el cosmos, envuelto por un huevo áurico que sería resultado de la acción de los Espíritus de la Voluntad (figura 6, punto 4). Esa sería la naturaleza humana suprasensible que estaría hecha de contenidos accesibles únicamente al conocimiento suprasensible. Por fantástico que pueda parecer ese es el hombre real, dicho simbólicamente, el hombre paradisíaco, que no consta de los contenidos materiales que hoy podemos ver en él, sino que tiene una esencia totalmente suprasensible.

¿Qué hizo con ello el influjo luciférico? Pues que las Imaginaciones se vieron inyectadas de espíritu pulverizado, de materia, y el resultado de ello lo encontramos hoy como sistema óseo. El sistema óseo es la Imaginación del hombre llena de materia. Pero la materia no forma parte del verdadero hombre, sino que fue inyectada por el influjo luciférico en lo que tendría que haber permanecido a un nivel puramente Imaginativo. Aunque parezca absurdo decirlo, si aquí hubiera un hombre paradisíaco podríamos pasar tranquilamente a través de él; pero esas Imaginaciones se contrajeron y se vieron henchidas de materia ósea, y entonces chocamos con él, porque se ha hecho impenetrable. Por otra parte, lo que era resultado de la acción de los Espíritus del Movimiento se vio impregnado de materia muscular y, finalmente, lo que podríamos percibir como Intuición se llenó de materia nerviosa. Lo que sobresale de todo ello es ahora el cuerpo etéreo humano, que ya es de por sí suprasensible, el elemento material más sutil que hoy poseemos, y que se muestra como delicadas pulverizaciones etéreas que generan una sustancia más sutil que la materia nerviosa, pero que hoy no vamos a considerar.

Vemos, pues, que el hombre es un ser que se ha densificado enormemente, porque si siguiera siendo según las intenciones y propósitos originales de los dioses, no tendría huesos, sino que su forma consistiría en huesos Imaginativos, suprasensibles; carecería de músculos como aparato motor, y en su lugar tendría sustancia suprasensible que se movería en su interior, mientras que lo que hoy se mueve ahí se halla totalmente impregnado de sustancia muscular. Lo que los Espíritus del Movimiento donaron como movimiento suprasensible se ha convertido en movimiento físico en los músculos; lo que los Espíritus de la Sabiduría ofrendaron como Intuición, en el hombre sensorial se ha convertido en la sustancia nerviosa que llena la Intuición. Por consiguiente, si vemos dibujado el sistema óseo en los libros de anatomía podremos considerar: "Eso tendría que ser en origen una Imaginación pura y por el influjo luciférico se ha condensado de tal manera que hoy se nos presenta en nuestros huesos densos, duros y quebradizos; ¡hasta ese punto han llegado a solidificarse las Imaginaciones!" ¡Y díganme ahora que el hombre no puede encontrar ya en el mundo físico un reflejo del mundo Imaginativo! Quien sepa que el sistema óseo es imagen de algo de índole

Imaginativa, al contemplar un esqueleto humano se encuentra con una imagen refleja del mundo Imaginativo. Y si vemos dibujado el sistema muscular humano, tendremos que decir: "Ahí tenemos una imagen totalmente antinatural, algo interiormente muy engañoso porque lo estoy viendo, mientras que en realidad tendría que estar oyéndolo espiritualmente". En realidad lo que ahí ha sucedido es que el movimiento rítmico suprasensible se ha visto inyectado de materia muscular, de algo que no le pertenece; y lo que ha quedado no tendría que poderse ver, sino que tendría que oírse como los movimientos vibratorios de la música. Tendríamos que oír las Inspiraciones. Pues lo que vemos como sistema muscular humano no es más que las Inspiraciones del hombre fijadas por la materia. Mientras que en el caso del sistema nervioso humano, no tendríamos que verlo ni que oírlo, sino percibirlo de manera puramente espiritual. La visión cósmica del mundo capta como una anomalía que lo que debería ser percibido con la más pura espiritualidad, se haya convertido en una envoltura espiritual realmente repleta de materia física y que ante nosotros veamos algo que en realidad sólo tendría que percibirse como Intuición.

Esta salida del Paraíso consiste en que el hombre se hallaba originalmente en el mundo espiritual, es decir, en el Paraíso, y estaba hecho de Imaginación, Inspiración e Intuición, o sea, que poseía una existencia totalmente supraterrestre. Y por la influencia luciférica se vio impregnado por aquello que sucede cuando el espíritu se resquebraja y estalla: se vio impregnado de materia. La materia es algo de lo que estamos repletos, pero que no nos pertenece. La llevamos con nosotros y por esa razón físicamente hemos de morir. En realidad, esa es la causa de la muerte física y de algunas otras muertes. Porque al haber abandonado su estado espiritual, el hombre vive aquí en la existencia física sólo hasta el momento en que la materia supera aquello que la mantiene unida. Porque la materia quisiera desintegrarse constantemente, y la sustancia de los huesos se mantiene unida solamente por el poder de la Imaginación. Cuando este poder se ve superado por la materia respectiva, los huesos se hacen incapaces de sobrevivir. Lo mismo sucede con los músculos y los nervios. Tan pronto como la materia de los huesos, músculos y nervios superan la Imaginación, Inspiración e Intuición, y es capaz de desintegrarse, el hombre ha de abandonar su cuerpo físico. Ahí tenemos la relación entre la muerte física y el influjo luciférico. Mañana veremos cómo vinieron al mundo el mal, la enfermedad y otros elementos.

QUINTA CONFERENCIA
Hannover, 31 de diciembre de 1911.

Entre las complejas cuestiones que hemos tratado, el punto principal de la conferencia de ayer consistió en hacernos una imagen de lo que es la materia, la sustancia, y que en ella habíamos de ver formas espirituales resquebrajadas, pulverizadas. Desde este punto de vista tuvimos que señalar hacia el aspecto esencial de la existencia material porque, como seres humanos, estamos insertos en ella, porque la forma espiritual pulverizada ha penetrado en nosotros como hombres terrestres, llenándonos completamente. Vimos también que en eso consiste justamente la expulsión del Paraíso: la impregnación del hombre con la materia terrestre. Si siguen lo dicho ayer, no sólo conceptualmente, sino conviviendo un poco con ello, habrán descubierto que el hombre es una especie de ser doble. Recuerden que anteayer dijimos que, por la influencia luciférica, el hombre ha introducido en su ser lo que llamamos percepciones sensoriales que tenemos como hombres terrestres, y vimos también que el ser humano no estaba destinado a tener esas sensaciones, sino a experimentar la convivencia con la voluntad activa, mientras que lo que hoy percibimos con nuestros ojos, oídos y el resto de órganos sensoriales es una situación que se produjo en virtud de la influencia luciférica. Por otra parte, indicamos que aún más adentro, lo que se nos manifiesta como secreciones glandulares se hizo posible por el desplazamiento irregular de los miembros constitutivos del organismo humano. Finalmente contemplamos que toda la actividad normal de la nutrición y de la asimilación de las sustancias en el cuerpo humano debía su origen a una especie de hiperactividad del cuerpo astral sobre la del cuerpo etéreo, provocada por el influjo de Lucifer. Eso es algo que vimos anteayer. Por consiguiente, los grandes procesos materiales de nutrición, digestión, etc., los procesos de secreción glandular y los de la percepción sensoria son como son hoy en día a causa de la intervención luciférica. Ayer descubrimos desde otro ángulo que lo que llamamos materia, sustancia nerviosa, muscular y ósea se la debemos también al influjo de Lucifer.

Observemos a ese doble ser humano diciéndonos primero: Por un lado el resultado de nuestras investigaciones nos ha llevado a descubrir que la percepción sensorial, la actividad glandular y todo el proceso metabólico se debe a la influencia luciférica; y por el otro ella es también la causa de la existencia del sistema nervioso, muscular y óseo. ¿Cómo se relacionan entre sí estos dos seres humanos, es decir, el hombre de sentidos, glándulas y sistema digestivo, con el hombre de nervios, músculos y huesos? ¿Qué misión cósmica, universal, tienen ambos en la duplicidad de su naturaleza humana?

Si reflexionan sobre el asunto sin profundizar más con la visión espiritual, posiblemente lleguen a imaginarse que todo lo que se relaciona con nuestros sistemas sensorial, glandular y digestivo -mirándolo superficialmente - en el fondo es algo que, al haber sucedido en el hombre, forma parte del pasado inmediato, algo que el hombre deja detrás de sí por su propia naturaleza. Imaginémonos que el hecho de efectuar esas actividades orgánicas no tuviera ningún propósito eterno. Si miramos un poco a nuestro alrededor lo que enseñan la ciencia o la vida cotidiana, veremos que, en lo que respecta al aparato digestivo y de nutrición, nos hallamos terriblemente insertos en esta vida. Porque es como una rueda que gira siempre en la misma dirección. Si no consideramos un especial progreso en la naturaleza humana el hecho de que el hombre a lo largo de los años desarrolle una especial sensibilidad gastronómica para ciertas comidas y bebidas, nos parecerá que la persona ha avanzado poquísimo en su evolución con ese incesante molino de ingestión y digestión, y a nadie se le ocurrirá pensar que el hecho de tener que hacer eso, siempre de la misma manera, posee un especial valor eterno. La secreción glandular también cumplió su tarea al hacerse presente. Naturalmente que posee significado para la vida global del organismo, pero carece de valor para lo eterno. Tampoco sucedería lo mismo con la percepción sensorial (como tal), porque la impresión sensoria viene y desaparece. Y cuando pensamos cuan pálido es lo que hemos percibido con nuestros sentidos pocos días

después, cuan distinto es el recuerdo de la percepción sensoria misma, tendremos que decirnos: Las percepciones sensoriales son algo hermoso, algo que da alegría a la vida humana en la experiencia y la observación inmediatas, pero carecen de valor para la eternidad. Pues ¿dónde están los valores que han generado en nosotros las impresiones sensoriales que tal vez tuvimos cuando éramos niños o jóvenes? ¿Adonde ha ido a parar lo que penetró entonces en nuestros ojos o en nuestros oídos? ¡Qué pálidos son los recuerdos!

Si tenemos en cuenta que el hombre, en tanto que entidad sensorial, glandular y digestiva, carece de valor de eternidad por esas tres actividades, podremos fácilmente vincular esa idea con la que ayer describimos, la de la forma que se pulveriza. Al derramarse la forma resquebrajada en esa actividad y llenar el organismo de materia de tal modo que surjan las actividades sensorial, glandular y digestiva, vemos palpablemente que estamos ante forma despedazada, ante una forma que se desintegra, si bien en cada una de las tres actividades presenta procesos distintos de fragmentación.

La cosa es distinta cuando nos aproximamos a la actividad de los nervios, músculos y huesos. Ayer pudimos hablar de que en el sistema óseo nos hallamos con Imaginación materializada, en el sistema muscular temamos Inspiración de la movilidad hecha materia y en el sistema nervioso veíamos Intuición convertida en materia. Sucede entonces - y aquí podremos precisar un poco más en un asunto al que sólo podemos acercarnos de paso en conferencias antroposóficas de tipo general - que cuando el hombre atraviesa el portal de la muerte, su sistema óseo se disgrega ya sea por descomposición o por combustión. Pero lo que permanece cuando se desintegran los huesos es la Imaginación, ésta no se pierde. Se mantiene en aquellas sustancias que también poseemos al traspasar el portal de la muerte y penetrar en los mundos anímico y espiritual. Retenemos por tanto una figura imaginativa que, al contemplada el clarividente bien formado, no se parece precisamente al sistema óseo; aunque el clarividente con menos preparación percibirá una imagen parecida a un esqueleto, por lo que no es del todo injustificado representarse a la muerte con dicha imagen. Pero ello se debe a una clarividencia poco desarrollada, aunque no desacertada del todo. Junto a esa Imaginación suprasensible se entremezcla lo que queda de los músculos cuando la sustancia de éstos se descompone, es decir, la Inspiración; pues no olvidemos que éstos no son más que Inspiraciones impregnadas de materia. Pero la Inspiración permanece después de la muerte. Es algo que no deja de ser sumamente interesante. Lo mismo sucede con la Intuición del sistema nervioso cuando los nervios han pasado por el proceso de descomposición después de la muerte. Son verdaderos elementos constitutivos de nuestros cuerpos etéreo y astral.

Sabemos que, tras la muerte, no abandonamos del todo nuestro cuerpo etéreo y que nos llevamos con nosotros un extracto de él; pero eso no es todo. Dondequiera que vaya por el mundo, el hombre lleva consigo su sistema nervioso, que no es otra cosa que Intuición impregnada de materialidad, de modo que en las zonas de su organismo donde haya nervios se halla la Intuición. Ésta emana una espiritualidad que envuelve siempre al hombre como una especie de aura radiante. Ahora bien, no sólo irradiamos esa Intuición una vez traspasado el umbral de la muerte, sino que (mientras vivimos en la Tierra), en la medida en que los nervios se descomponen, estamos irradiando Intuición. En todos nosotros existe siempre una especie de proceso de decadencia que de algún modo nos obliga siempre a regenerarnos una y otra vez. Aunque los nervios tengan mayor duración que otros sistemas, en ellos se produce siempre una irradiación perceptible con la Intuición. Podemos decir, pues, que el hombre está irradiando sin cesar una sustancia espiritual perceptible intuitivamente en la medida en que su sistema nervioso físico se va deshaciendo. Ello implica que cuando*el hombre usa su sistema nervioso, lo desgasta y lo lleva a un proceso de desintegración; está haciendo algo que tiene una enorme importancia para el mundo. Porque el motivo por el que haga uso de sus nervios determinará cuáles son las sustancias que emanarán de él, perceptibles únicamente por la Intuición. Por otra parte, al usar los músculos, el hombre emite sustancias capta-bles por la Inspiración. Esa irradiación se derrama por el mundo y lo puebla de singulares procesos motores sutilmente diferenciados. Se esparcen, pues, sustancias inspiradas - siento que las palabras no se adecúen del todo, pero no poseemos otras para

describir lo que ahí sucede. Finalmente, de los huesos del hombre irradia lo que podemos llamar sustancia perceptible con la Imaginación.

Todo esto reviste un enorme interés. Y sin ánimo de hartarles con excesivos frutos de la investigación clarividente, sino porque ahí hay algo realmente interesante, debo decirles que con esa irradiación emanada de los huesos cuando éstos se descomponen, el hombre, allí donde vaya, va desprendiendo imágenes que son perceptibles con el

Conocimiento Imaginativo. En los sitios donde hemos estado dejamos detrás de nosotros sutiles sombras de nuestra presencia. Y cuando Vds. salgan luego de esta sala, en los bancos que ocupaban, la clarividencia bien adiestrada seguirá viendo durante un tiempo delicadas imágenes de cada uno de Vds., emanadas de su sistema óseo, hasta que sean absorbidas en el proceso universal general. Esas Imaginaciones son la causa de la sensación desagradable que sienten cuando entran en una habitación en donde ha habido alguien aborrecible. Ello se debe a las Imaginaciones que ha dejado tras de sí y es como si de alguna manera uno se encontrara con él en el rastro que ha dejado. En este aspecto, la persona sensitiva que capte esas cosas no está demasiado lejos del clarividente que puede constatarlas. El uno capta como Imaginación lo que el otro se limita a presentir.

¿Qué sucede con todo lo que de este modo irradiamos? Mis queridos amigos, en resumidas cuentas, todo eso que irradia de nosotros es la influencia que ejercemos en el mundo. Porque hagamos lo que hagamos, al movernos o andar de un sitio a otro, estamos poniendo en movimiento nuestros músculos y huesos. Pero incluso cuando estamos echados y nos limitamos a pensar, estamos esparciendo sustancia perceptible por la Intuición. Lo que ponemos en actividad lo estamos irradiando en el mundo, se va esparciendo por él. Y si estos procesos no tuvieran lugar, cuando la Tierra hubiera llegado a la meta de su evolución, lo único que quedaría de ella sería materia pulverizada que se esparciría como polvo en el espacio. Pero lo que el hombre rescata de los procesos materiales de la Tierra vive en el cosmos general como algo que podrá volver a generarse a partir de la Intuición, Inspiración e Imaginación. De ese modo, el hombre le da al mundo las piedras de construcción sobre las cuales el mundo podrá volver a edificarse. Eso será lo que sobreviva como elemento anímico-espiritual de la Tierra entera cuando ésta, en su aspecto material, se descomponga como un cadáver, igual como sobrevive espiritualmente el alma humana individual cuando el hombre ha atravesado el portal de la muerte. El hombre lleva consigo su alma individual cuando franquea el umbral al morir; la Tierra llevará consigo aquello en lo que se han convertido las Intuiciones, Inspiraciones e Imaginaciones de los hombres transfiriéndolo a la existencia de nuevo Júpiter. Con ello hemos descrito la gran diferencia que existe entre los dos hombres que el ser humano posee en su doble naturaleza interior: el hombre de percepciones sensoriales, de secreciones glandulares y de procesos digestivos y asimilatorios, es decir, el hombre destinado a hundirse en la temporalidad. Y por el otro lado, tenemos el hombre que, con sus sistemas nervioso, muscular y óseo, elabora los elementos que irradian y se incorporan a la Tierra para que ésta pueda subsistir.

Ahora nos aproximamos a un asunto que se ha convertido en un misterio en nuestra existencia entera, y aunque por su naturaleza de misterio sea inaccesible al intelecto y el alma sólo pueda alcanzarlo creyendo y profundizando en él, no por ello deja de ser una verdad. Lo que el hombre puede irradiar en su entorno se divide en dos partes: en una parte de Inspiración, Intuición e Imaginación, de la que depende la existencia cósmica general y que ésta acoge y absorbe; pero hay algo que no absorbe, que no acoge, algo que rechaza. Es como si el cosmos general dijera: "Estas Intuiciones, Inspiraciones e Imaginaciones puedo utilizarlas, las aspiro para poderlas transferir a la existencia de Júpiter". Pero hay otras que las rechaza, no las acoge. La consecuencia de ello es que esas Intuiciones, Inspiraciones e Imaginaciones, por el hecho de no ser nunca absorbidas por el cosmos, permanecen ahí. Permanecen espiritualmente presentes en el cosmos sin poder ser disueltas. Por tanto, lo que irradiamos se divide en dos partes: en algo que es acogido con agrado por el

cosmos, y en algo que es rehusado, algo que al cosmos no le agrada y que lo deja ahí fuera permaneciendo tal como está.

¿Y cuánto tiempo dura? Dura hasta que el hombre llega y él mismo las destruye con irradiaciones que tienen la capacidad de aniquilar todo eso. Y, generalmente, el único hombre que tiene la facultad de destruir esas irradiaciones repudiadas por el cosmos es el mismo que las emanó en su día. Ahí nos hallamos ante la técnica del Karma, ante la razón por la que en el curso de nuestro karma hemos de volvernos a encontrar con todas las Imaginaciones, Inspiraciones e Intuiciones que han sido rechazadas por el cosmos. Hemos de destruirlas nosotros mismos, porque el cosmos únicamente acoge lo que es mentalmente verdadero, afectivamente bello y éticamente bueno. Todo el resto lo rechaza. Ése es el misterio. Y para que deje de existir lo que es erróneo en el pensar, feo en el sentir y malo en lo ético, el hombre mismo ha de borrarlo de la existencia mediante los respectivos pensamientos, sentimientos e impulsos volitivos o actos. Ello le seguirá siempre hasta que él mismo lo haya hecho desaparecer. Ahí tenemos el punto donde se nos muestra que no es cierto que el cosmos consta de leyes naturales neutrales o que se manifiesta mediante neutrales leyes de la naturaleza. El cosmos que nos rodea y que creemos captar con los sentidos y entender con el intelecto, posee en sí mismo energías muy distintas, porque, si se nos permite decirlo, es un riguroso censor que rechaza lo malo, lo feo y lo falso, deseoso de integrar en sí mismo lo bueno, lo bello y lo verdadero. Los poderes del cosmos no se limitan a ejercer su veredicto sólo en determinadas fechas, sino que su enjuiciamiento es algo que transcurre a lo largo toda la de evolución terrenal.

Ahora podemos responder la pregunta: ¿En que situación se halla la evolución humana con respecto a las entidades espirituales superiores?

Por un lado, vimos que el primer hombre que llevamos en nosotros, el sensorial, glandular y digestivo, surgió a causa de la influencia luciférica. En cierto sentido, también podemos atribuir la génesis del otro hombre al influjo de Lucifer. Pero mientras el primero es el que está destinado a perecer en el tiempo, al otro le es dado rescatar lo humano para la eternidad, para la perdurabilidad y trasladarlo a la existencia posterior. Al hombre de nervios, músculos y huesos le corresponde transferir más allá lo que el ser humano vivencia en la Tierra. Por lo que podemos colegir que, en el fondo, el ser humano se ha precipitado desde sus alturas espirituales al convertirse en hombre sensorial, glandular y digestivo, y que poco a poco va esforzándose en ascender hacia la existencia espiritual al adquirir como contrapartida al segundo hombre, el de nervios, músculos y huesos. Ahora bien, lo curioso es que el desprendimiento de esas sustancias intuitivas, inspirativas e imaginativas solamente puede ocurrir si los procesos materiales son procesos de destrucción. Si nuestros nervios, músculos y huesos no estuvieran en un constante proceso de decadencia y permanecieran siempre iguales, no podrían producirse esas irradiaciones, porque sólo la desintegración que se expresa en la existencia de lo material permite que surja la combustión y el resplandor de lo espiritual. Si nuestros nervios, músculos y huesos no pudieran deshacerse y llegar finalmente a su total descomposición después de la muerte, estaríamos condenados a ser entidades ligadas meramente a esta existencia en la Tierra, seríamos como una especie de presente rígido y petrificado, y no podríamos participar en la posterior evolución hacia el futuro. De hecho, las fuerzas que actúan en los dos sistemas se equilibran mutuamente.

Entre ambos se sitúa, ejerciendo de intermediario, la materialidad de la que a menudo hemos hablado de una forma general en la ciencia espiritual, pero sin que mencionáramos su relación con lo antedicho: la sangre, que en este aspecto es "un fluido muy especial". Porque todo lo que hemos conocido como sustancia nerviosa, etc., ha llegado a ser lo que es por la influencia luciférica. Pero en la sangre tenemos algo que, como sustancia misma, ha sufrido la influencia directa de Lucifer. Pues ya vimos que la manera en que interactúan los cuerpos físico, etéreo y astral hubiera sido distinta sin esa intervención luciférica. En ellos tenemos, sin embargo, una especie de elementos suprasensibles que acogen la materia, y que actúan sobre ella a causa del influjo luciférico. Y por el hecho de que ciertos cuerpos suprasensibles no se relacionen mutuamente de una manera regular, surgen las sustancias nerviosa, muscular y ósea. Lucifer no ejerce ninguna influencia sobre las sustancias como tales, porque éstas se generan sólo cuando él ha logrado

desplazar los cuerpos de su disposición original. Es decir, que su influencia consistió en provocar ese desplazamiento. Sin embargo, Lucifer tiene influencia directa sobre la sangre como sustancia, como materia. Y es que la sangre, como fluido muy particular, es el único punto donde en la materia, en la sustancia misma, se evidencia que en el hombre terrestre actual las cosas no están sucediendo como tendrían que haber sido sin la intervención de Lucifer. La sangre es algo muy distinto de lo que tendría que ser. Y aunque parezca grotesco, esa es la realidad. Recuerden lo que se dijo sobre cómo surge en definitiva la sustancia, lo material. Dijimos que la materia surge porque la forma espiritual llega hasta un cierto límite y entonces se rompe en mil pedazos, de tal modo que esa forma pulverizada se muestra como materia. Esa es la materia terrestre propiamente dicha. Y se expresa directamente de ese modo en lo mineral, porque las otras sustancias (vegetales y animales) se van modificando por el hecho de ser acogidas en medios distintos. Entre ellas nos encontramos con la sustancia de la sangre.

En su origen, esa sustancia sanguínea estaba destinada a llegar también hasta una determinada frontera de su forma. Imaginen que ahí (a) nos encontramos con los rayos de forma puramente espiritual de la sangre y que aquí (b) su energía se ha agotado. En ese momento, de acuerdo con su disposición original, no tenáría que estallar y pulverizarse, derramándose en el espacio, sino que en este punto (b), en esa frontera, sufriría una ligera materialización, y volvería a chispear hacia atrás sobre sí misma, volviendo a lo espiritual (puntos hacia arriba). Así tendría que haber sido la sangre. Para decirlo de una manera un tanto burda, la sangre tendría que llegar a generar una suave membrana, un inicio de materia, saliéndose por un momento de lo espiritual, para volver inmediatamente hacia su estado de origen y ser acogida de nuevo por el espíritu. La sangre tendría que haber sido un incesante flujo y reflujo desde lo espiritual y hacia lo espiritual. Esa es la disposición básica de la sangre. Es decir, convertirse en un constante refulgir y resplandecer en lo material siendo a la vez algo plenamente espiritual. Eso es lo que habría sucedido si, en los principios de la evolución terrestre, los hombres simplemente hubieran recibido su "yo" de los Espíritus de la Forma. Entonces sentirían su "yo" gracias a la resistencia que ejerce ese momentáneo resplandor que tiene lugar en la sangre. En ese fulgor de la sangre, los hombres sentirían su "yo soy"; eso constituiría el órgano de la percepción de su yo. Por otra parte, esa sería la única percepción sensorial que el hombre tendría, las otras no existirían sin la intervención de Lucifer. El hombre conviviría con la voluntad operante, pues estaba destinado a tener una única percepción sensorial: la percepción de su yo en el centelleo de la sustancia sanguínea y en el retorno de ésta a lo espiritual. En lugar de ver colores, oír sonidos, percibir sabores, etc., el hombre tendría que sentirse viviendo en la voluntad operante, como si nadara en ella. El ser humano estaba pensado para que, desde el cosmos espiritual en el que se hallaba inserto como mera Imaginación, Inspiración e Intuición, mirara hacia abajo, hacia un ser situado en la Tierra o en su entorno del que no diría: "Estoy dentro de él", sino "miro allá abajo, eso me pertenece, y veo ahí cómo centellea un único elemento material, la sangre espiritual que se materializa, y en ese proceso percibo mi yo".

La única percepción sensorial que tendría que haberse producido habría sido en realidad la percepción del yo, y la única sustancia material prevista para el hombre hubiera sido la sangre en ese fugaz resplandor. De tal modo que si el hombre hubiera continuado siendo tal como era en el estado del Paraíso, miraría desde el cosmos hacia lo que en la Tierra estaba destinado a simbolizarlo y a darle la conciencia de su yo. Sería un ser puramente espiritual, constituido de Imaginación, Inspiración e Intuición, en el que saldría a luz el yo con la sangre que resplandece. Y en ese centelleo, el hombre podría decirse: "Yo soy el que provoco eso que se halla ahí abajo".

Por extraño que parezca, el hecho es que podemos decir: "En realidad, el hombre estaba destinado a vivir en la periferia de la Tierra". Si aquí en el punto (a) viviera un hombre en la periferia, generaría su imagen refleja (b) desde la Tierra, y ese resplandor le reflejaría su yo, permitiéndole decir: "Ahí abajo está el símbolo que me representa". Entonces el hombre no llevaría consigo sus sistemas nervioso, muscular y óseo

ni llegaría a afirmar grotescamente: "Eso soy yo". El hombre tendría que haber vivido en la periferia del planeta Tierra y haber grabado su símbolo en ésta mediante la centelleante forma sanguínea, y tendría que haberse dicho: "Ahí clavo mi señal indicadora

y mi sello para que me proporcione la conciencia de mi yo. Porque yo floto aquí fuera en el universo con todo lo que he llegado a ser gracias a la existencia saturnal, solar y lunar. Solamente me hace falta añadir el yo. Y percibo a ese yo al inscribirlo ahí abajo y poder leer qué es lo que soy yo en la sangre que fulgura". Por consiguiente, originalmente no estábamos destinados a merodear por este mundo con estos cuerpos hechos de huesos, músculos y nervios, sino para circular alrededor de la Tierra, hacer en ella nuestra inscripciones y reconocer en ellas que nosotros somos eso, que nosotros somos un yo. Quien no tiene esto en cuenta desconoce el ser del hombre.

Pero entonces intervino Lucifer e hizo que el hombre no sólo tuviera la percepción sensorial de su yo, sino que también sintiera, como yo, todo lo que había tenido como cuerpo astral en la antigua Luna, es decir, pensar, sentir y querer. Eso hizo que el yo se viera entremezclado con todo ello y provocó en el hombre la necesidad de precipitarse en la materia. La expulsión del Paraíso es la caída en la materia. Esa alteración empezó por producirse en la sangre humana, lo que provocó que la sangre no sólo brillara por un instante para ser de nuevo reabsorbida por el espíritu, sino que la sustancia sanguínea acabara abriéndose paso y se atomizara, o recibiera la disposición para esa dispersión. Ello hizo que la sustancia de la sangre, que debería volver a su estado espiritual, en el momento de materializarse, se desparramara en el interior del hombre y llenara el resto de su organismo, modificándose según las fuerzas que hay en él. Si penetra en una zona donde prevalece el cuerpo físico sobre el etéreo, o del etéreo sobre el astral, etc., se convierte en sustancia nerviosa, o muscular, etc. Así pues, Lucifer empujó a la sangre a adoptar su materialidad más densa. Y si la sangre en realidad estaba destinada a centellear por un instante y a desaparecer como materia en el momento siguiente, Lucifer la arrastró hacia la densa materialidad. Ese fue el acto directo que Lucifer efectuó en la sustancia, fabricar la sangre como materia, mientras que en los otros ámbitos se limitó a introducir el desorden. La sangre, tal como la conocemos, no existiría; en su lugar se hallaría su aspecto espiritual que llega justo hasta la frontera de la materialidad, hasta su status nascendi, para volver de nuevo a su estado original. En su aspecto material, la sangre es obra de Lucifer, y como el hombre tiene en ella la expresión física de su yo aquí en esta Tierra, se halla con su yo vinculado a la creación de Lucifer. Y si por otra parte Ahriman se acercó al hombre gracias a la presencia de Lucifer, podemos decir: "La sangre es lo que Lucifer precipitó hacia abajo para que Ahriman pudiera capturarla, a fin de que ahora ambos puedan acceder al hombre". ¿Habría de extrañarnos que la antigua sensibilidad considerara la sangre como la propiedad terrestre de Lucifer-Ahriman? ¿Acaso nos sorprende que sea con la sangre que haga firmar sus contratos y que le dé un gran valor al hecho de que Fausto selle su pacto firmándolo con su sangre? Porque eso es justo lo que puede atribuírsele. Todo lo demás, en ciertos aspectos, contiene algo divino, y en ello (el diablo) se halla incómodo, incluso la tinta es para Lucifer más divina que la sangre, porque esta última es su propio elemento.

Vemos, pues, cómo el ser humano posee en su interior esos dos entes: el hombre sensorial, glandular, y digestivo, y el hombre nervioso, muscular y óseo; y cómo la sangre resultante de la intervención de Lucifer los mantiene a ambos en su materialidad densa, en la materialidad que ha "rellenado el molde" de las fuerzas originales. Porque con la misma ciencia exterior podemos ver fácilmente que el hombre, como ente material, es producto de su sangre. Toda la materia que hay en él es alimentada por la sangre, en realidad es sangre transformada. Desde su aspecto material, huesos, nervios, músculos, glándulas, todo, no es más que sangre transformada. En realidad el hombre es sangre, y en esa misma medida él mismo es Lucifer-Ahriman que deambula, los lleva consigo por todas partes. Sólo en la medida en que el hombre, detrás de lo material, posee algo que ha derramado la materia desde la sangre, sólo en esa medida pertenece a los mundos divinos, a la

evolución progresiva que no expresa algo rezagado. Lucifer y Ahriman vinieron al mundo por permanecer rezagados en determinadas etapas anteriores de la evolución.

Si tenemos en cuenta lo antedicho tendremos que decirnos: Desde los inicios de la evolución terrestre, los hombres poseían algo común en la sangre, es decir, que si la sangre hubiera permanecido tal como estaba destinada a ser, sería un puro efluvio de los Espíritus de la Forma. De modo que en la sangre original vivirían los Espíritus de la Forma, que, como ya saben muchos de Vds., no son más que los siete Elohim de la Biblia. Si hojean el ciclo que di en Munich sobre el Génesis verán que, si la sangre hubiera sido lo que tendría que haber sido en origen, el hombre sentiría en su interior a los siete Elohim. Es decir, sentiría su yo de una manera séptuple, siendo el miembro principal el que correspondería a Jehová o Jahveh, mientras los otros seis serían miembros subordinados. Esa naturaleza séptuple que el ser humano sentiría como "yo" sería algo así como las proyecciones de los siete Elohim o Espíritus de la Forma. Y si la sangre del hombre no hubiera sido corrompida por Lucifer, el ser humano tendría conocimiento de esa naturaleza séptuple de su yo, mientras que hoy nos cuesta un enorme esfuerzo llegar a él. Por la corrupción de su sangre, la humanidad ha tenido que esperar mucho para conocer que en ella están presentes esos siete aspectos, y otro tanto tendrá que esperar hasta haber emitido las suficientes irradiaciones de sustancia intuitiva, inspirativa e imaginativa de los nervios, músculos y huesos hasta haber madurado para volver a hacer suya esa naturaleza séptuple. Hoy en día ya estamos activos, aunque primero de un modo muy abstracto, en el proceso de enumerar los elementos de la naturaleza humana que influyen en el yo: el cuerpo físico, el etéreo y el astral, el yo mismo - Jahveh o Jehová -, Manas o el Yo Espiritual, Budhi o el Espíritu de Vida, y Atma o el Hombre-Espíritu. Pero el hombre no habría podido oscurecer los otros seis miembros iluminando especialmente al yo si a lo largo de la evolución no se le hubiera dado a Lucifer autoridad para ello. El hecho de que a principios de la evolución terrestre se oscurecieran los otros seis miembros y el yo recibiera luz especial, convirtiéndose en un yo más luminoso, fue materialmente posible impeliendo a ese yo a penetrar en la materia densa, para que pudiera despertar a su conciencia de individualidad, de singularidad, cuando tendría que haber sentido desde el principio que él mismo era una septuplicidad.

Vemos pues, por un lado, que si su sangre hubiera permanecido tal como era, el hombre habría llegado a un yo que de antemano hubiera poseído un carácter séptuple. Al serle adscrito Lucifer, el hombre alcanzó el carácter individual del yo, la sensación, el sentimiento y el conocimiento de su yo como centro de su ser. Por eso podemos comprender que, en el fondo - porque los mismos siete Elohim tendrían que haberse revelado en un principio en todos los yoes humanos -, en aquello a lo que estaba predispuesta la sangre en sus inicios, tenemos algo que reúne a los hombres, algo que los socializa, algo que les habría llevado a sentirse un género humano común. En lo que Lucifer le dio a los hombres se halla el hecho de que el ser humano se siente como yo aislado, como individualidad particular emancipándose en su independencia del género humano común. Por eso vemos que el proceso cósmico transcurre en la Tierra permitiendo que Lucifer le diera al hombre la disposición a hacerse cada vez más independiente, mientras que los siete Elohim lo dotan para sentirse cada vez más como miembro de la humanidad en su conjunto. Mañana hablaremos de cómo se expresa eso en la ética y en la vida global de la humanidad a lo largo de su evolución.

SEXTA CONFERENCIA
Hannover, 1 de enero de 1912

De las conferencias anteriores, quizás habrán podido colegir cuan complejo es realmente el ser del hombre, y cuan múltiples son los puntos de vista desde los que podemos contemplarlo si queremos acercarnos a su esencia. Nos toca ahora hablar de un hecho que, en cierto sentido, constituye uno de los más importantes factores de la evolución, al contemplar lo que la investigación clarividente descubre sobre el devenir humano desde los tiempos más antiguos y sobre las perspectivas del porvenir de la humanidad. A lo largo de estas conferencias les he señalado que cuando uno educa sus capacidades e impulsos cognoscitivos de modo que el alma humana, al esforzarse por conocer, hace suyos los mencionados estados de admiración, reverencia, sabia sintonía con los acontecimientos del universo y entrega al devenir cósmico, puede ir emergiendo el conocimiento que nos permita distinguir en todo nuestro entorno si algo está en proceso de devenir y alcanzará su plenitud en el futuro; o si, por el contrario, está en fase de progresiva decadencia, desaparición. Eso es lo que percibimos en la región del surgir y del perecer. Refiriéndonos a un caso concreto, dijimos que la laringe humana es un órgano del futuro, que está llamado en el porvenir a ser algo muy distinto de lo que es hoy. Hoy se limita a comunicar al mundo exterior nuestros estados interiores mediante la palabra, mientras que en el futuro transmitirá todo lo que somos nosotros mismos, lo que servirá para la reproducción del hombre entero. Será nuestro órgano de reproducción. En tiempos venideros, el hombre no solamente expresará la situación de su estado anímico por la palabra con ayuda de la laringe, sino que él mismo se reproducirá en el mundo con dicho órgano. Es decir, la multiplicación humana estará ligada con el órgano laríngeo.

Ahora bien, en este complejo microcosmos, en este complicado mundo en miniatura que llamamos hombre, para cada órgano que se halle en estado germinal, y que alcanzará su plenitud en el futuro, existe un órgano correspondiente que se halla en proceso de paulatina disminución, de atrofia. Para la laringe humana, el órgano decadente respectivo es el aparato auditivo. En la misma medida en que dicho aparato vaya desapareciendo en el hombre, en esa misma medida se irá perfeccionando la laringe, convirtiéndose en un órgano de importancia creciente. Sólo podemos sopesar la magnitud de ese hecho cuando dirigimos la mirada al remoto pasado de la humanidad con ayuda de la Crónica del Acacia y descubrimos lo que fue en su día el actual aparato auditivo, el oído. Seguir el proceso evolutivo de ese órgano es enormemente revelador, porque en su estado actual, el aparato auditivo del hombre es realmente una sombra de lo que fue. Hoy en día, el oído sólo oye los sonidos o las palabras que resuenan en el mundo físico. Pero eso es, en cierto sentido, un último resto de lo que antaño afluía en el hombre a través del oído. Porque antiguamente, confluían en él los poderosos movimientos del universo entero. Y si hoy únicamente percibimos la música terrestre con nuestro oído, en tiempos remotos concurría en el hombre la música universal de las esferas. Y así como actualmente revestimos las palabras con los sonidos, en aquel entonces el Verbo Cósmico, el Logos, aquello de lo que nos habla el prólogo del Evangelio de San Juan, se revestía con la música de las esferas. Desde el mundo espiritual confluía la música celestial de las esferas en el antiguo "órgano auditivo", que hoy sólo es capaz de escuchar la palabra humana y la música terrestre, y dentro de esa música de las esferas afluía lo que hablaban los seres di vino-espirituales. Igual como en el presente el hombre genera formas en el aire con su canto y con su palabra, las palabras y la música divinas también generaban formas.

Consideremos ahora una de las formas más exquisitas de entre las que crearon los dioses. Si nos fijamos, veremos que al pronunciar una palabra, digamos una vocal, por ejemplo la A, con ella estamos introduciendo en el aire la posibilidad de generar una forma. Del mismo modo desde la Palabra Cósmica se introdujo la forma en el mundo, y la más preciada de ellas fue el hombre mismo. El hombre, en su estado primigenio, fue creado al ser pronunciado por el Verbo Cósmico. Los dioses hablaron, e igual como hoy el aire genera

determinadas formas cuando habla la palabra humana, nuestro mundo se formó gracias a la Palabra de los dioses, siendo la más preciada de ellas la del ser humano. En ella, el órgano auditivo era mucho más complejo de lo que es hoy.

Actualmente está casi atrofiado, porque lo que hoy tenemos como oído exterior y que sólo penetra hasta un cierto punto en el cerebro, penetraba desde fuera e invadía toda la entidad humana. En el interior de todo el ser humano se extendían las ondulaciones que el Verbo Divino emitía al enunciar al hombre en el mundo. De ese modo, cuando fue creado como algo todavía espiritual, el hombre fue engendrado a través del órgano auditivo, y cuando en el futuro haya vuelto a ascender, tendrá un oído muy rudimentario, muy menguado. El sentido auditivo irá desapareciendo del todo, porque se halla en proceso descendente, mientras que la laringe, que hoy se halla en estado germinal, se irá desarrollando cada vez más hasta llegar a su plenitud. Y en esa plenitud expresará lo que el hombre será capaz de producir en el mundo como reproducción de su propio ser, de modo parecido a como los dioses enunciaron al hombre como su criatura en la Tierra. De esa manera, se invierte en cierto aspecto el devenir cósmico. Ese hombre entero, tal como hemos podido estudiarlo, tal como lo vemos hoy ante nosotros, es un producto descendente de la evolución, y si observamos un órgano como el oído, tendremos que decirnos: ese oído que ha llegado incluso a la densificación ósea de los huesecillos auditivos se halla en su último estadio de evolución. Ese sentido va desapareciendo, pero el hombre se va desarrollando en el mundo de lo espiritual y sus órganos ascendentes son los puentes que le conducen hacia el espíritu. De ese modo se relaciona el mundo de los sentidos con el mundo del espíritu: el de los sentidos se nos manifiesta en múltiples órganos que se van atrofiando, el del espíritu lo hace en órganos que están en ascenso.

Así sucede en todo el mundo, en la medida que nos viene dado, donde podemos seguir de cerca el surgir y el perecer. Es muy instructivo e importante aplicar esa idea del surgir y del perecer a todo el resto del mundo. Para tomar un ejemplo, en el mundo mineral tenemos algo que en cierto sentido se halla en proceso ascendente y que se encuentra hoy en un estado todavía germinal: se trata del mercurio. Un metal que sufrirá toda una serie de transformaciones hasta llegar a perfeccionarse, porque el mercurio todavía no ha pulverizado todas las fuerzas que cada elemento material posee en lo espiritual antes de convertirse en sustancia. En el futuro, la espiritualidad del mercurio podrá generar cosas esenciales y adoptar otras formas, por lo que en el mundo mineral, el mercurio se corresponde de algún modo con la laringe y en cierto aspecto también con el órgano cuyo apéndice es la laringe: el pulmón. Otros metales, por ejemplo, el cobre, se hallan en cambio en un proceso evolutivo descendente. En el futuro, el cobre se mostrará carente de fuerzas espirituales interiores capaces de exteriorizarse, y acabará disgregándose, convirtiéndose en polvo cósmico. Esas condiciones que les he descrito a modo de ejemplo, serán estudiadas cada vez más en el próximo futuro. Se estudiará, en los diversos reinos, cómo las cosas están ligadas al surgir y al perecer, y se descubrirá el parentesco entre las sustancias metálicas y ciertos órganos del organismo humano, ya no con la simple experimentación, sino con el desarrollo del Conocimiento Imaginativo, facultad cognoscitiva que permitirá conocer esas sustancias en su poder curativo, regenerativo y reproductor para el cuerpo humano. Una acción que la actual experiencia exterior conoce ya parcialmente. Y por otra parte se descubrirán con dicha facultad múltiples parentescos entre los diversos seres.

Se reconocerá, por ejemplo, que todo lo que en las plantas descansa en la semilla, contenido en el poder germinal, se halla emparentado con el hombre de manera distinta que lo que se halla en la raíz. Lo que hay en la raíz de la planta, se corresponde en ciertos aspectos con el cerebro humano y el sistema nervioso ligado a él (véase diagrama de la página 86). Eso llega hasta el punto de que la ingestión de todo lo que se relacione con la raíz tiene ciertas afinidades con los procesos que se efectúan en el cerebro y en los nervios. De modo que, en ciertos aspectos, el hombre, cuando quiera influir físicamente en su cerebro y su sistema nervioso, como instrumentos físicos de su vida espiritual, incluirá en sus alimentos elementos que contengan las fuerzas de la raíz. De esa manera, permitirá que lo que él ingiera en cierto sentido piense en su interior, realice una labor mental dentro de él, mientras que el que tienda menos a ingerir los elementos de la raíz será

él mismo, su propia espiritualidad, la que utilice su cerebro y su sistema nervioso. De ello se deduce que el consumo de excesivos elementos de raíz por parte del hombre le resta independencia en su vivencia anímico-espiritual, porque lo objetivo, lo exterior, trabaja a través de él, porque el cerebro y el sistema nervioso en cierta forma se independizan de él. Si es el hombre mismo el que quiere trabajar en su interior ha de limitarse en el consumo de raíces. Amigos míos, no estoy dándoles indicaciones para una dieta, sino transmitiéndoles simplemente hechos de la naturaleza. Porque les pido expresamente que no se aferren a reglas de ese tipo sin más ni más. Nadie está tan avanzado para prescindir de las fuerzas del pensar que le suministran los elementos objetivos que ingiere, y podría fácilmente suceder que el hombre que todavía no esté maduro para que la vida anímica objetiva le proporcione las energías mentales y sensitivas, pero que evita la ingestión de cualquier tipo de elemento raíz, acabe sumiéndose en un estado somnoliento, porque su elemento psíquico-espiritual no es lo suficientemente fuerte para desarrollar por sí mismo las energías procedentes de lo espiritual, energías que de otro modo se desarrollarían en el hombre objetivamente, sin que su propio ser anímico-espiritual tuviera que intervenir. Toda dieta es algo totalmente individual y depende enteramente del modo en que el hombre está desarrollado de una manera u otra.

Lo que, por ejemplo, se halla en las hojas de las plantas, se relaciona a su vez con el pulmón y el sistema pulmonar. Aquí nos encontramos con algo que nos indicaría cómo crear una especie de equilibrio en una persona que posee un sistema respiratorio demasiado poderoso, tal vez por sus predisposiciones hereditarias o por otras razones. En su caso, sería bueno recomendarle consumir sobre todo lo que procede del aspecto hoja de las plantas. Pero si quisiéramos ayudar a alguien en su sistema respiratorio, en su sistema pulmonar, haríamos bien indicándole que consuma lo menos posible de hoja. Todas estas cosas, a su vez, se relacionan con las fuerzas curativas que se hallan ahí fuera en los diversos reinos de la naturaleza, porque las partes de las plantas que poseen cierto parentesco con determinados órganos, son las que suelen contener las energías sanadoras para esas esferas o regiones del organismo humano. De modo que las raíces contienen muchas fuerzas terapéuticas para el sistema nervioso, las hojas las poseen para el sistema pulmonar, mientras que las flores tienen muchas energías curativas para el sistema renal, y las semillas las contienen sobre todo para el corazón. Aunque con respecto a este último, sólo son curativas cuando el corazón ofrece mucha resistencia a la circulación sanguínea. Puesto que si el corazón se abandona demasiado a la circulación, hay que recurrir más a las energías de los frutos, es decir, de las semillas que han llegado al estado de maduración.

Como verán, estas son simples indicaciones que salen a la luz cuando pasamos del hombre a la naturaleza que nos circunda, pues todo lo que se nos manifiesta en ella a los sentidos no es más que la superficie. Lo que percibimos de las plantas mediante los sentidos es sólo su superficie, detrás de lo que percibimos en ella en nuestra visión, sabor, olor, etc., se hallan las fuerzas anímico-espirituales de la planta. Fuerzas que se hallan en ella de un modo que no nos permite decir que la planta individual tenga alma propia, como la poseería el hombre. Quien crea que cada espécimen de planta está dotado de alma propia cometería el mismo error que el que pensara que cada oreja, nariz o diente en el hombre tiene su propia alma. Es el hombre entero quien posee alma y logramos vislumbrar ese aspecto anímico del hombre cuando desde sus partes logramos desembocar en el conjunto. Eso es lo que tendríamos que hacer con toda entidad. Hemos de averiguar con sumo cuidado si en un ser nos hallamos con una parte o con una cierta totalidad. Las múltiples plantas individuales de la Tierra no son por sí mismas una totalidad, son partes, miembros de una totalidad, y sólo estamos expresando algo real cuando hablamos de esa globalidad de la que ellas forman parte. En el caso del hombre, vemos cómo los dientes, las orejas, los dedos, pertenecen al organismo entero. Y en el caso de las plantas no percibimos con el ojo ni con ningún órgano físico aquel ser global al que ellas pertenecen, porque al llegar a él estamos ya en lo espiritual. Ello nos permite decir en lo esencial: "Lo anímico del mundo vegetal tiene sus diversos órganos en las plantas individuales. En realidad existen pocos seres en nuestra tierra global, y se hallan como apiñados en la Tierra. Las plantas individuales son partes que les pertenecen, como sucede con los cabellos que lleva el hombre".

Si quisiéramos, podríamos decir que, al trascender la planta tal como nos la ofrecen nuestros sentidos, desembocamos en las almas grupales de las plantas, que se relacionan con sus especímenes como el conjunto lo hace con sus partes. En su conjunto existen siete almas grupales que pertenecen a la Tierra como almas de las plantas, y todas ellas tienen el centro de su propio ser situado de una cierta manera en el centro de la Tierra. De modo que no podemos imaginarnos la Tierra como este globo físico, sino impregnada de siete esferas más o menos grandes, más o menos pequeñas, que tienen en el centro de nuestro planeta una especie de núcleo espiritual. Y esos seres espirituales empujan las plantas a su crecimiento. La raíz crece hacia el centro

de la Tierra porque en realidad quiere dirigirse hacia allí y sólo el resto de materia le impide llegar a él. Toda raíz vegetal aspira a penetrar hasta el centro de la Tierra, allí donde se halla el centro del ser espiritual al que la planta pertenece.

Vemos, pues, que tenemos algo de enorme importancia en la afirmación de que hemos de acercarnos siempre a la globalidad, de que en cada ser hemos de descubrir si estamos ante una parte o un todo. En la época moderna, a algunos naturalistas les gusta considerar las plantas como si estuvieran dotadas de alma, pero el problema es que las consideran así en sus especímenes aislados. Lo cual no es más inteligente que decir que un diente es lo mismo que un ser humano. Lo que muchos afirman hoy al decir que las plantas tienen alma, y creen hacer Antroposofía con ello, no es más que papel para desechar. Porque buscar alma en las plantas individuales equivaldría a decir que "le arranco una muela a alguien y busco en ella al alma humana". No es en las plantas individuales que hemos de buscar el alma, sino que su elemento más importante se halla en el centro de la Tierra, hacia el cual tienden las raíces como fuerza que aspira hacia el aspecto espiritual de la existencia vegetal.

Cuando tenemos en cuenta ese reino, veremos cómo el punto de vista de la ciencia natural moderna nos da algo que puede aproximarnos al portal de la verdad, de un modo parecido a como lo hace Mefistófeles cuando lleva a Fausto hasta el portal más exterior del reino de la Madres. Porque igual como Mefistófeles, en compañía de Fausto, no puede llegar a entrar en el reino de las Madres, tampoco puede penetrar en lo espiritual la ciencia de hoy. Y aún así Mefistófeles nos da la llave, igual como lo hace la ciencia actual, pero ni él ni ella quieren penetrar en dicho reino. Dicho de otro modo, la ciencia moderna nos da ciertos puntos de apoyo que, si los reconocemos tal como los he descrito en estas conferencias, constituyen un conocimiento capaz de llevarnos hasta el umbral de la verdad.

Así por ejemplo, al dejarse estimular por Darwin, y partiendo puramente del mundo sensorial, la ciencia habla de la llamada lucha por la existencia. ¿Quién no iba a notar por todas partes esa lucha por la existencia si se tiene en cuenta solamente lo que nos ofrece el mundo sensorial? ¡Por todas partes evidenciamos esa lucha! Bástenos con mirar los innumerables gérmenes de animales marinos que se depositan en el mar o en la playa, y cómo la mayoría perecen, sobreviviendo sólo unos pocos hasta convertirse en adultos. Ahí empieza una lucha por la existencia aparentemente terrible. Y si nos limitáramos a escuchar lo que nos llega del mundo de los sentidos podríamos empezar a lamentarnos diciendo: "De los millones y millones de gérmenes perecen la mayoría en la lucha por la existencia y sólo sobreviven unos pocos". Pero ése es sólo uno de los aspectos de un pensamiento. Captémoslo desde el otro lado. En realidad yo les pediría que orientaran su pensamiento en cierta dirección. Podemos lamentarnos también con la lucha por la existencia de otro modo, dirigiendo la mirada a un campo de cereales donde se levantan gran cantidad de espigas repletas de granos, y nos decimos: "Cuántos granos de este campo de cereales perecen en lo que se refiere a su verdadero objetivo, y cuan pocos llegan a él, es decir, cuan pocos caen de nuevo a la Tierra para reproducir nuevas plantas de la misma especie que la anterior". Aunque referido a otro campo, es algo parecido a lo que pensamos al referirnos a los animales marinos, de los que muy pocos alcanzan su objetivo.

Mi pregunta ahora sería: "¿Qué sucedería con las personas que han de comer algo, si todos los granos volvieran a hundirse en la tierra? Supongamos teóricamente que todos los granos volvieran a brotar de nuevo en ese proceso de propagación de la especie, y consideremos qué es lo que pasaría entonces con los seres que

han de alimentarse de cereales. Aquí llegamos a algo muy peculiar y que puede hacer tambalear cierta creencia que nos parecería justificada si tenemos en cuenta tan solo el mundo sensorial. Podría parecemos justificado pensar que ante un campo de cereales todos y cada uno de los granos han de volver a germinar y convertirse en una planta completa. Pero el punto de vista tal vez es erróneo. Desde el enfoque de la globalidad del mundo, quizás no sea tan acertado pensar que todos los granos han de llegar a convertirse en una planta completa, y que es igualmente justificado considerar que el grano que no vuelve a convertirse en planta, sino que sirve para la alimentación de otro ser, no ha dejado de cumplir el objetivo para el que ha venido a existencia, y lo mismo habríamos de decir para los gérmenes marinos que "perecen" sin llegar a convertirse en peces. Y es que solamente podemos calibrar las tareas de los diversos seres cuando tenemos en cuenta el punto de vista global. De modo que los gérmenes que anualmente perecen por millones en el mar, sin llegar a convertirse en peces, se entregan y sirven a su vez de alimentación a otros seres que el hombre hoy aún no es capaz de percibir. Las sustancias espirituales que luchan en la existencia en los gérmenes marinos que parecen extinguirse no se lamentan de no haber alcanzado su objetivo de ser acogidos por otros seres a los que sirven de alimento. El hombre que se sitúa en el mundo con su razón, cree que sólo tiene significado lo que alcanza el objetivo que sus sentidos parecen considerar su meta última. La mirada abierta a la naturaleza descubre en cada uno de los estadios de un ser cierta perfección, y esa perfección no se basa en lo que llegará a ser dicha entidad, sino en lo que realmente es.

Esas son ideas que adquirimos de lo suprasensible, y si desde el mundo exterior contemplamos nuestra propia alma, percibiremos que en ella existe una plétora de pensamientos que afluyen incesantemente en el alma, cobrando vida en ella, y que sólo muy pocos de ellos son captados con claridad, sólo una pequeña porción se convierte en parte consciente del alma humana. Hagamos un paseo por la ciudad y consideremos cuántas cosas penetran en nuestra alma y a cuan pocas les prestamos atención, lo que provoca que ello se convierta en parte constitutiva de nuestra vida anímica. Sin cesar estamos recibiendo impresiones, y si comparamos esa masa de impresiones con la parte que luego se convertirá en posesión consciente de nuestra alma, estaremos ante un fenómeno parecido a lo que sucede con la gran cantidad de huevas de peces que son puestas cada año en el mar, comparadas con los peces que acaban convirtiéndose en adultos. En nuestra vida anímica interior también hemos de pasar por este mismo proceso por el que de una amplia región sólo se desarrolla una pequeña parte. Si el hombre empieza a darse cuenta un poco del inmenso mar de imágenes de la fantasía y de la representación del que emerge cuando sale del sueño, si las imágenes del soñar nos muestran un último vestigio de esa vida inmensamente exuberante que vive el hombre mientras duerme, podremos también comprender que tenga significado acoger tantas cosas que no acaban saliendo a la plena conciencia. Porque lo que se nos hace consciente se ha perdido para el trabajo interior del hombre, ya no opera en el sistema de los órganos sensoriales, glandulares ni digestivos, ni en el sistema nervioso, muscular u óseo. Lo que en el alma se hace consciente, lo que el hombre lleva consigo actualmente como contenido anímico consciente, ya no actúa, se ha desprendido del suelo materno del hombre global y gracias a ello ha salido a la luz de la conciencia. De modo parecido a lo que sucede con los pocos gérmenes que llegan a convertirse en peces adultos, las incontables impresiones exteriores que se nos abalanzan sin que lleguen a emerger a la conciencia siguen actuando en el hombre global.

Es decir, en el hombre integral obra sin cesar lo que se halla en su entorno. Los sueños a veces nos pueden mostrar cómo no sólo penetra en el alma lo que luego sobrevivirá como representación consciente, sino muchísimas otras impresiones. Sólo hace falta que observemos las cosas que se nos presentan constantemente en la vida. Supongamos que estamos soñando una situación en la que nos hallamos ante una persona que habla con otra y nosotros somos el tercero. Soñamos con gran exactitud cuál es el semblante de esa persona, etc. Y nos preguntamos: ¿De dónde viene este sueño? Da la impresión de que estaba con una persona que ya conocía en la vida física, por lo que parece haber sido estimulado por el mundo exterior. Pero ¿de dónde viene el sueño? Yo no he visto ni he oído eso antes. Si seguimos investigando, tal vez descubramos que hace un par de días habíamos tenido a esa persona frente a nosotros en el mismo vagón del

tren, la experiencia nos había pasado desapercibida, pero había penetrado en nuestro interior. La falta de precisión en las observaciones es lo único que nos impide darnos cuenta de esas cosas.

Ahora bien, las imágenes que el sueño nos presenta de esa manera no son las impresiones más importantes que obran sobre nuestra alma. Piensen que lo que les expuse ayer es algo que ha ido sucediendo sin cesar en la evolución de la humanidad. Con su sistema óseo, el hombre ha producido siempre Imaginaciones; con su sistema muscular ha emitido siempre Inspiraciones en el mundo, y con su sistema nervioso no ha cesado de irradiar Intuiciones. Y todo ello se halla en el mundo. El hombre ha de volver a tomar sobre sí lo que es nocivo y ha de saldarlo con su destino. Pero lo otro se halla siempre en el entorno humano y sigue edificándose y conformándose ahí fuera. De hecho, todo lo que el hombre ha irradiado en el mundo terrestre como Imaginaciones, Inspiraciones e Intuiciones desde la catástrofe atlante sigue estando presente y forma parte de nuestro entorno. De todo ello, lo que los hombres hayan producido como bien, los individuos no necesitan volverlo a acoger en su karma. Pero lo que a lo largo de siglos y siglos han ido desparramando por la atmósfera espiritual de la Tierra, para los hombres que hoy viven en ella en realidad existe con la misma certeza que existe el aire para el hombre físico. Igual como el hombre respira el aire físico y como el aire de su entorno penetra en su interior físico, del mismo modo las cosas que ahí fuera se han ido desarrollando como Imaginaciones, Inspiraciones e Intuiciones se introducen en el hombre y él participa en ello con su faceta anímico-espiritual. Lo importante, en ese aspecto, es que el hombre no sea indiferente ni se sienta ajeno ante lo que ha ido transmitiendo a la Tierra desde las tempranas épocas de su existencia terrestre. Pero sólo puede sentirse emparentado con lo que él ha incorporado en la Tierra como contenido espiritual, cuando va adquiriendo la facultad de acoger esas cosas en su alma.

Pero, ¿cómo se hace eso? Como verán, cuando se penetra en la evolución terrestre en un sentido espiritual, se descubre que en las épocas en las que los hombres de la época postatlante aún poseían algo de la antigua clarividencia, se transmitieron de una manera muy amplia Imaginaciones, Inspiraciones e Intuiciones en la atmósfera espiritual de la Tierra. Eran épocas en que mayormente se enviaban esas sustancias espirituales. Mas desde la cuarta época cultural postatlante, y muy en especial desde nuestro período actual, irradiamos mucho menos de esas sustancias y tendemos más a acoger lo antiguo, como algo que se halla emparentado con nosotros y a volver a introducir en nosotros lo que se había irradiado hacia fuera^ Es decir, que la tarea del hombre consiste en llevar a cabo un proceso de inhalación espiritual de lo que antaño había exhalado espiritualmente. El hombre ha de hacerse cada vez más sensitivo y receptivo para lo espiritual que existe en el mundo.

Los tiempos antiguos no tenían tanta necesidad de ello, porque eran capaces de emanar elementos espirituales desde su propio interior, tenían, digamos, un "fondo de reserva". Pero desde la cuarta época cultural ese fondo ha llegado a tal estado de agotamiento que en el futuro sólo podrá emanarse lo que anteriormente haya sido inhalado, reabsorbido desde fuera. La Antroposofía o ciencia espiritual existe precisamente para que el hombre pueda sentirse implicado en esa nueva misión de su existencia terrestre. Ciencia espiritual que no atrae a quienes sienten ya una tendencia hacia ella por el simple hecho de que surja como un nuevo capricho entre los muchos que van apareciendo en el mundo, sino porque ella se relaciona, en su núcleo más íntimo, con la evolución entera de la Tierra, porque el hombre está destinado a desarrollar una comprensión cada vez mayor de lo espiritual que lo circunda. Pues quienes desde este período actual no desarrollen una comprensión del espíritu que hay detrás de los sentidos, del mundo espiritual que hay detrás del mundo sensorial, se parecerán a alguien que ha estropeado su sistema respiratorio en su cuerpo físico y se ve incapaz de inhalar el aire, padeciendo una especie de asfixia. Hoy existe todavía una cierta herencia de nuestra sabiduría humana primigenia en forma de conceptos, y aún nos alimentamos de ella. Pero quien contemple con la visión espiritual la evolución de la humanidad en los últimos tiempos, percibirá que por muchos inventos y descubrimientos que se acumulen en lo material exterior, el contenido espiritual se ha ido agotando. Cada vez brotan menos conceptos e ideas nuevas de la humanidad. Sólo quienes desconocen las antiguas ideas y no hacen más que redescubrirlas, es decir, los que de algún modo permanecen toda su vida

en un estado de inmadurez, sólo ellos son capaces de creer que hoy pueden madurar nuevas ideas. El mundo de las ideas abstractas, del intelecto, se ha agotado, ya no brotan ideas nuevas.

Con Tales empezaron a generarse las ideas del intelecto en el pensar occidental. Hoy nos hallamos en cierto sentido al final de ese proceso, y se acaba la filosofía como tal, como ciencia de las ideas. El hombre ha de aprender a elevarse hacia lo que se halla más allá de las ideas y pensamientos, que en el fondo también forman parte del plano físico. Primero habrá de elevarse hacia las Imaginaciones. Éstas se convertirán en algo real para el hombre. Con ello se producirá una nueva fecundación para lo espiritual de la humanidad, y es por ello que en la ciencia espiritual afluyen hacia nosotros Imaginaciones de importantes procesos cósmicos. Vean, por ejemplo, cómo las descripciones de antiguo Saturno, Sol y Luna se diferencian del resto de pensamientos habituales, cómo aquellas se relacionan con los conceptos abstractos de la otra ciencia. Hay que transmitirlo todo en forma de imagen, para que en el mundo sensorial exterior no sea directamente realizable. Al hablar de antiguo Saturno decimos que poseía un estado puramente calórico. Eso es un absurdo para el actual mundo de los sentidos, porque en él no existe un estado térmico puro en ninguna parte. Pero lo que es absurdo en el mundo de los sentidos es verdadero en el mundo del espíritu, y la tarea inmediata que tiene el hombre en el próximo futuro consiste en penetrar en el mundo del espíritu. Porque los que no se decidan a respirar el aire del espíritu, al que ha de hacerse receptivo el alma humana gracias a la ciencia espiritual, que trasciende los sentidos, los que no quieran acoger la ciencia espiritual se hallarán en un estado que en cierto modo ya vemos acercarse a muchos hoy en día: una especie de asfixia espiritual, y con ello un agotamiento mental que acaba en un estado de consunción, de extenuación del espíritu.

Ese sería el destino de los hombres en la Tierra que quisieran permanecer solamente en los sentidos: perecerían de consunción espiritual. Por eso, en el futuro, la cultura se desarrollará de tal manera que hayan personas llenas de receptividad, de alma y corazón para el mundo espiritual, para lo que empieza por darse como ciencia del espíritu, para lo que luego surgirá por sí mismo en las almas humanas como mundo de la Imaginación, Inspiración e Intuición. Eso es lo que sucederá con una parte de la humanidad: que poseerá comprensión y entrega para el mundo del espíritu. Y esos serán los hombres que cumplirán la misión asignada a la Tierra en un principio. Tal vez hayan otras personas que permanezcan puramente en el mundo de los sentidos, que no quieran trascender la pura imagen-sombra del mundo sensorial presente en los conceptos filosóficos y en la ciencia exterior. Pero se aproximan hacia una especie de asfixia espiritual, de consunción del espíritu, se desecan en la existencia terrestre y no llegan a la meta de la evolución de la Tierra. Pero ésta nos exige que cada uno se pregunte en su alma: "¿Qué camino eliges?" Los hombres en el futuro se hallarán a la izquierda o a la derecha, por un lado aquellos para quienes el mundo de los sentidos será la única verdad, y por el otro los que consideran como verdad el mundo del espíritu.

Y puesto que los sentidos, como el oído humano, están en proceso de extinción, y los hombres al final de la evolución de la Tierra carecerán ya de sentidos terrestres, podemos hacernos una imagen de cuan real será ese agotamiento y esa consunción. Si nos abandonamos al mundo de los sentidos, estamos entregándonos a algo que abandonará a los hombres en el futuro de la evolución terrestre. Si nos abrimos paso en el mundo del espíritu, nos estamos desarrollando hacia algo que se irá acercando cada vez más a los hombres en el porvenir de la evolución terrenal. Si quisiéramos utilizar un símbolo para ello, podríamos decir:

El hombre puede hallarse al final de la evolución terrestre y hablar como lo hace Fausto, cuando éste se ha quedado ciego para el mundo exterior - porque el hombre no solamente estará exteriormente ciego, sino también sordo, sin gusto y sin olfato. Y a pesar de ello, el hombre que se orienta hacia el mundo espiritual podrá decirse: "Así es, pero en el interior brilla la luz clara, dentro resuena el sonido más bello y la palabra más espléndida del hombre". Mas el otro, el que quiso permanecer en el mundo de los sentidos, hablará como Fausto que, una vez ciego para el mundo exterior, se ve obligado a decirse: "Te has vuelto ciego para lo exterior, pero dentro no brilla ninguna luz del espíritu, sólo te acoge la oscuridad". En lo que respecta a su

futuro, la humanidad ha de escoger entre estas dos naturalezas del Fausto. Porque el primer Fausto se habría orientado hacia el espíritu, mientras que el otro lo habría hecho hacia el mundo de los sentidos, identificándose finalmente con la nada, con aquello que le despoja de su propio ser. Así es como se presenta para la vida inmediata del hombre lo que extraemos de las alturas suprasensibles. Y creo que podemos ahorrarnos el resumir en palabras las máximas éticas y los impulsos volitivos que pueden despertar en los hombres del presente cuando comprendemos realmente la ciencia de lo suprasensible. Porque a partir de la sabiduría realmente comprendida nacerá de por sí en los corazones de los hombres la virtud correctamente entendida. Si aspiramos hacia la verdadera comprensión de la evolución del mundo, si buscamos la sabiduría, ya nada impedirá que el hijo de la sabiduría sea el amor.

Eso es lo que quería transmitirles en estas conferencias.

Fin.